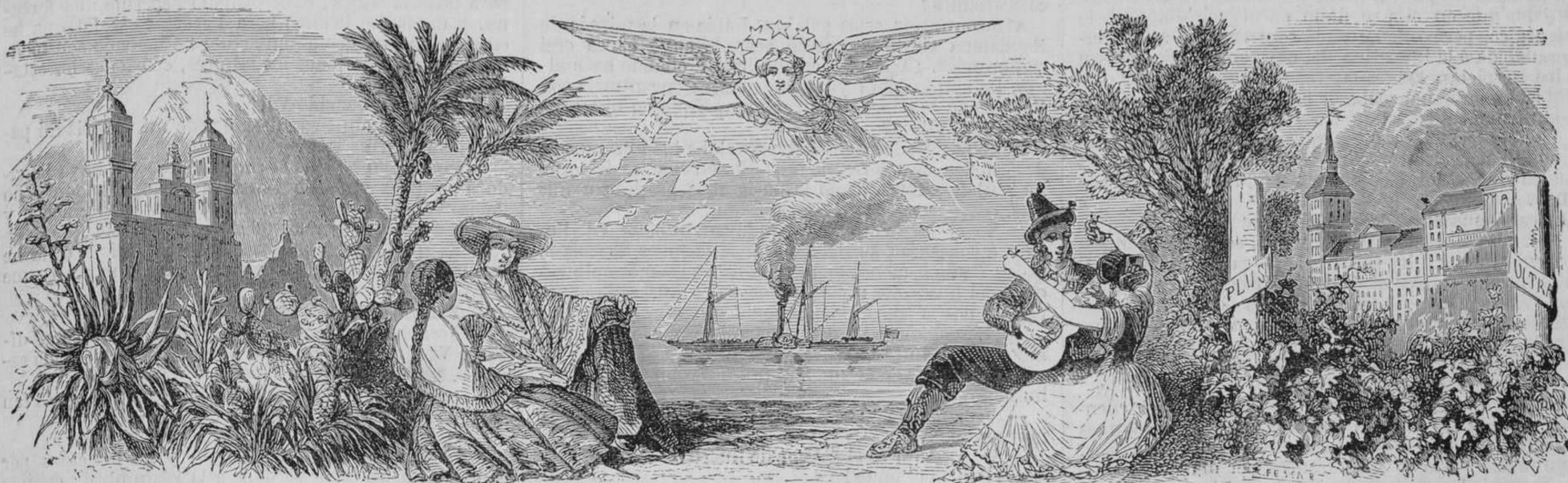


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — TOMO XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 18. — N° 315.

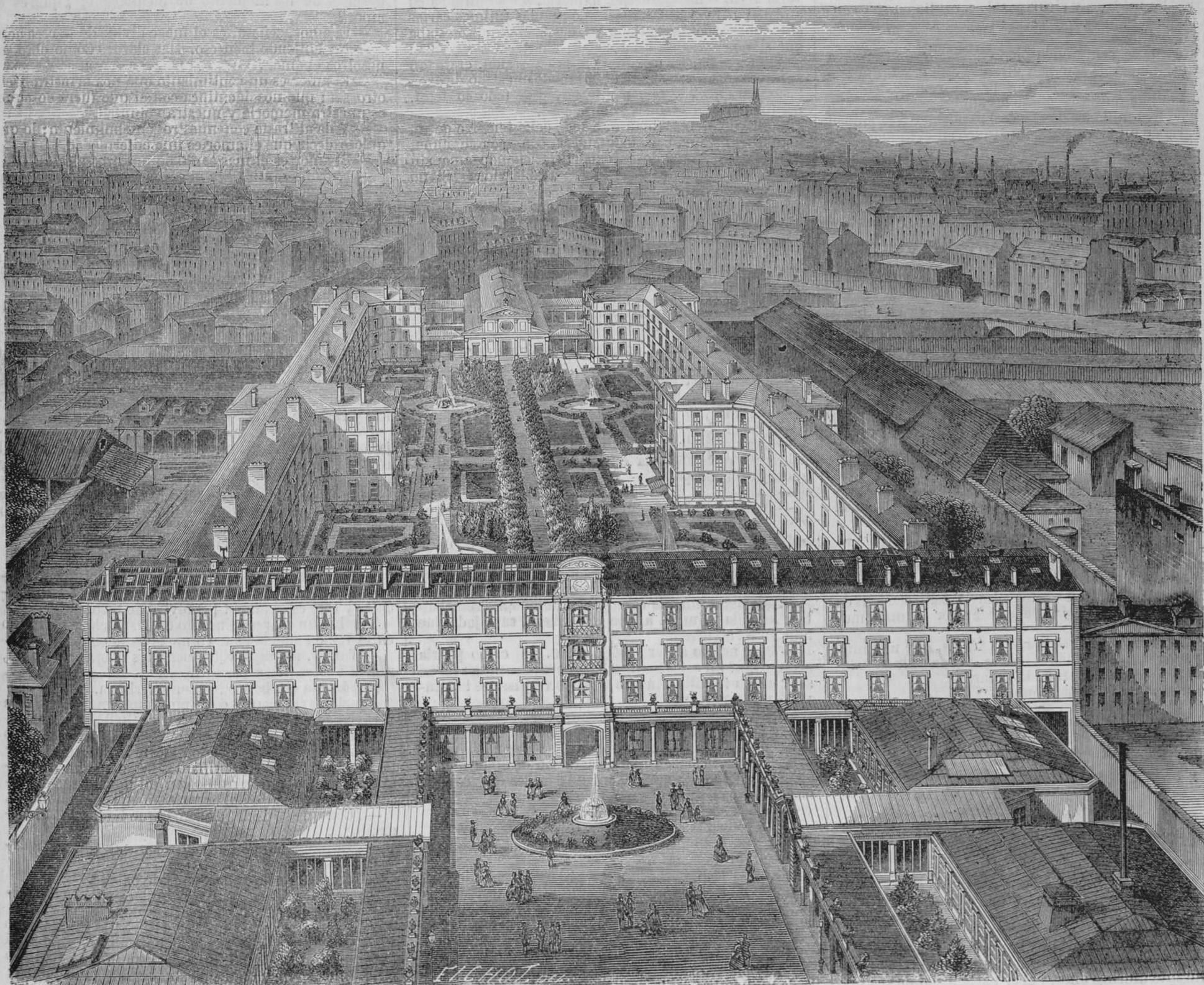
Administración general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Nueva casa municipal de sanidad en Paris; grabado. — Magdalena. — La religion en Africa; grabado. — El

nuevo jardín público de Burdeos; grabados. — Revista de Paris. — Canto épico a la batalla de las Navas de Tolosa. — Manufactura imperial de porcelana de Sevres; grabados. — La feria de las vanidades. — El

Ranelagh; grabado. — Episodios del viaje del gran duque Constantino de Rusia; grabados. — Leyendas americanas. — Wagon pontificio regalado a Pio IX; grabados.



NUEVA CASA MUNICIPAL DE SANIDAD DE LA CIUDAD DE PARIS, EN LA CALLE DEL FAUBOURG-SAINI-DENIS.

Nueva casa municipal de sanidad en Paris.

En el número de los edificios que desaparecieron para la creación del boulevard del Norte al atravesar el arrabal Saint-Denis, figuraba la casa municipal de sanidad llamada hospital Dubois, por el nombre del ilustre cirujano que en ella se halló encargado del servicio quirúrgico, pero que en nada contribuyó á su fundación, debida á la iniciativa del antiguo consejo general de los hospicios. Esta casa, reemplazada hoy por otro establecimiento que acaba de edificarse en el núm. 200 de la misma calle, según los planos del arquitecto M. T. Labrouste, reúne á las ventajas de una situación saludable todas las comodidades interiores y exteriores que pueden exigir los enfermos que entran allí pagando.

La casa municipal de sanidad, que no tiene nada de comun con el hospital y el hospicio, se halla destinada particularmente á los solteros, á las personas sin familia, á los extranjeros que vienen á Paris y caen enfermos, y por último, á los habitantes de las provincias atacados de afecciones rebeldes, ó que tienen que sufrir algunas operaciones de cirugía para las cuales conocen la necesidad de recurrir á las luces y á la habilidad de los prácticos parisienses.

La antigua casa no contenía mas que ciento cincuenta camas: la nueva tiene trescientas, de ellas algunas en compartimientos de seis, cuatro, tres y dos camas, cuyo precio varia de 4 á 7 francos por día. Las personas acomodadas hallan cuartos particulares de 8 á 12 francos, y habitaciones á 15 francos, todas ellas bien amuebladas; en estos precios van comprendidos un buen alimento y todos los servicios de baños sencillos, compuestos, sulfurosos, de vapor, etc., tratamientos hidroterápicos y demás, ropa blanca y farmacia.

Llama mucho la atención el aspecto risueño y gracioso que presentan los patios embellecidos de verdura y de flores, y los jardines tan favorables para el paseo de los convalecientes.

En cuanto á los cuidados, diremos que la dirección está confiada á M. A. Godard, hombre celoso é inteligente. El servicio medical se halla desempeñado por médicos de talento, los doctores Vigla, Monod y Demarquay; los médicos y cirujanos de consulta elegidos entre los mas ilustres son estos: Rayer, Andral, Nelaton y Denonvilliers.

Para que se comprenda bien el carácter de la nueva casa municipal de sanidad, diremos que la administración no especula con ella; los precios están calculados de modo que pueda recobrar las sumas que ha gastado (mas de tres millones de francos) para dotar á la ciudad de Paris de un establecimiento unico en el mundo.

X.

MAGDALENA.

MEMORIAS DE UN ENAMORADO

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

— ¡Ah, señora! dije: lo que yo quisiera fuese dar á Vd. una lección de amor!

— ¡El amor! ¿Y qué es el amor? dijo con voz burlesca y fría Magdalena: una palabra que encubre de una manera decente un sentimiento ruin, grosero, interesado. ¡El amor! ¡el amor es una vieja preocupación en que no creen mas que los niños! ¡El amor no existe!

— ¡Que no existe el amor! exclamé con el acento de extrañeza del que contesta á una blasfemia.

— No, no existe el amor, me contestó con una inalterable frialdad, sino en el cerebro de los locos.

— ¡Que no existe el amor! ¡Qué! Usted tan hermosa, tan pretendida, tan adorada, ¿no ha conocido el amor, no le ha sentido?

— ¡Nunca!

— ¿Nunca? Sin embargo, Vd. es viuda.

— ¿Y porque haya sido casada he de haber amado? ¿qué consecuencia!

— Parecióme tan altamente cinica la contestación de Magdalena, que me obligó á quedar por algunos momentos en silencio.

— Nunca he querido creer, dije al fin, que una mujer hermosa, de nacimiento ilustre, pueda unir su existencia á la de un hombre sin amarle.

— Pues nada hay mas comun.

— Permítame Vd. sin embargo que dude: comprendo que una mujer colocada en circunstancias deplorables pueda prescindir del amor, tratándose de un matrimonio de conveniencia; pero una mujer como Vd...

— ¿Y quién ha dicho á Vd. que yo, en la época de mi casamiento, no me encontraba en una deplorable situación?

— ¡Ah!

— Vea Vd. cómo juzgando de los actos de las personas sin conocerlas, nos exponemos á incurrir en graves errores: y digo sin conocerlas, porque yo creo que ese conocimiento que consiste en verse algunas veces en un paseo, en un teatro, en esta ó aquella reunión, apenas puede servirnos para descubrir algunas cualidades en la persona que por cualquier concepto nos interesa; yo creo que para conocer bien á una persona es necesario haberla acompañado de una manera íntima durante muchos años, haber participado de sus penas y de sus placeres, haber llorado, haber reído,

haber disputado, aun haber reñido con ella; haber examinado una á una todas sus flaquezas, todas sus vicisitudes, todas sus variedades, todas sus faltas, todas sus prendas, y aun así estamos sujetos á error. ¿No nos engañamos frecuentemente respecto á nosotros mismos? ¿No llegamos á encontrarnos algunas veces en situaciones en que nunca hubiéramos creído que nos colocaríamos?

Al pronunciar estas palabras habia en la mirada de Magdalena cierto sarcasmo acerado cuya causa creí comprender. ¿Acaso no era decirme: cuándo hace algún tiempo hubiera yo creído que me encontraría con Vd. sola en medio de la noche empeñada en una conversación íntima?

Aquella mirada además me revelaba todo un mundo de pasiones, de dolores, de misterios en el alma de aquella mujer, y esto mismo la hacia mas preciosa á mis ojos.

— No creía, la dije, que tan joven hubiese Vd. llegado á consagrar su tiempo á meditaciones filosóficas.

— ¡Y quién piensa en la filosofía! no somos nosotros quien la buscamos: ella es quien nos busca; la experiencia nos la trae envuelta con desengaños...

— ¡Desengaños! ¿y qué desengaños puede haber tenido quien nunca ha amado?

— ¡Y qué! ¿es el amor la única pasión del corazón humano?

— Sí, la mas exigente, la mas noble, la mas pura, la mas grande...

— Si: el amor es el mayor de nuestros delirios.

— ¡Delirio el amor!

— Si; puesto que nos hace soñar locuras.

La voz de Magdalena volvió á ser fria y acerada.

— Pero si es una locura el amor, es una enfermedad terrible, cuando se siente como le siento yo.

— Recuerde Vd. las condiciones con que he consentido en tratarle, en recibirle, en hacerle compañía aun en este lugar en que daríamos sin duda que decir si fuésemos vistos.

— Pero esas condiciones son crueles.

— Recuerde Vd. las primeras cartas que recibí de Vd.: ¿qué me decían?

— ¡Ah, señora!

— Decían estas ó semejantes palabras: «necesito verla á Vd. continuamente, hablarla, ser admitido á su amistad para vivir.» Recuerdo que las últimas cartas eran amenazadoras: estaba Vd. desesperado: protestaba que si no conseguía mi amistad, atentaría á su vida: aquellas cartas, permítame Vd. la expresión, eran tan extravagantes, revelaban de tal modo el estado de excitación en que Vd. se encontraba, que todo lo temí, porque todo debe temerse de un loco.

— Diga Vd. mas bien que todo debe temerse de un hombre que ama con todo su ser, con toda su alma, con toda la fuerza de su existencia, cuando ama sin esperanza. ¿Acaso la esperanza no es la vida? ¿Si no esperáramos podríamos vivir?

— Hay en Vd. una cosa que me extraña, una contradicción singular.

— ¿Qué, señora?

— En el mundo se le tiene á Vd. por un hombre de intriga, de negocios, de influencia, por un hombre en fin que ha llegado á la solución del gran problema; y cuando Vd. me escribe, cuando habla conmigo, es Vd. un niño, enteramente un niño.

— ¿Y cuál es ese gran problema?

— ¡Ah! ¿Ignora Vd. cuál es el problema del siglo?

— Si, ciertamente.

— ¿Porqué ha asaltado Vd. de una manera asidua, tenaz, constante, la posición que ocupa?

— Por Vd.

— ¿Por mí?

— Ciertamente: hubo un día en que un pobre joven, pobrecito vestido, la encontró á Vd. en la calle: aquel joven era yo.

— ¡Ah!

— Desde aquel momento empezó la fascinación que ejerce Vd. aun sobre mí, y que ejercerá siempre; me sentí arrastrado hacia Vd.; lo olvidé todo y la dirigí la palabra.

— ¡Ah!

— Y Vd. se rió cruelmente de mí y pasó.

Magdalena soltó una carcajada enteramente semejante á aquella primera á que me refiero, carcajada que aun no he olvidado.

— Pues no me acuerdo, dijo al fin. ¿Ni cómo podría acordarme? En estos tiempos no puede una mujer joven salir sola á la calle, sin que á los pocos pasos se le atravesase un importuno.

— ¡Un importuno!

— ¿Y cómo quiere Vd. que llame á esos hombres que sin conocer á una mujer á quien encuentran por la primera vez, la hacen una declaración de amor á cielo abierto? ¿Cómo llamaría Vd. á una mujer que contestase á esa declaración de amor?

— Podría suceder...

— Sí; podría suceder que fuese una mujer perdida.

— O que el hombre que le dirigiese la palabra le causase tal impresión...

— Es que yo niego ciertas impresiones como niego el amor. Creame Vd.; cuando una mujer se ve tratada por primera vez de ese modo se sonroja y calla; á la segunda se impacienta: sucesivamente se acostumbra, y cuando llega á acostumbrarse, contesta con una carcajada ó con una frase sacramental al importuno.

— Hay sin embargo carcajadas que deciden de la vida de un hombre: y la de Vd...

— Ha decidido...

— Si, ha decidido de mi vida: yo juré solemnemente que poseería á Vd. ó moriría.

— ¿Y cuánto tiempo hace que pronunció Vd. ese juramento?

— Hace seis años.

— Y en seis años...

— La he seguido á Vd. por todas partes; pero antes, para poderla seguir, he necesitado hacerme una fortuna, y me la he hecho: para hacerme esa fortuna he emprendido medios gigantescos: he luchado con todos los bribones, con todos los tahures, con todos los estafadores.

— ¡Y los ha vencido Vd.!

— Si, puesto que son despojos de mi victoria mi palacio, mis tierras y mis rentas.

— Pues si yo he sido la causa de que Vd. haya llegado á esa posición, dijo Magdalena con abandono, no debía Vd. exigirme mas; debía darme las gracias, y dejarme tranquila en mi feliz impasibilidad.

— Es que yo no he buscado esa posición, ni la he considerado nunca sino como un medio para acercarme á Vd.

— Y al fin lo ha conseguido Vd.

— Acercarme... acaso... por piedad, Magdalena, dígame Vd.: espera... un año, diez años; toda la vida esperar, y cuando vayas á morir seré tuya...

— ¡Qué amor! exclamó Magdalena con un acento tan extraño que aun no he podido explicármelo.

— ¡Con que al fin concede Vd. que hay amor!

— Expliquémonos, amigo mío, y no tomemos por concesión lo que solo se debe á la costumbre: cuando yo digo amor, no quiero hablar tal como lo sueñan los locos, sino de lo que en el mundo se llama amor... ¿Es esta la única palabra hueca que tenemos en nuestro diccionario social? ¿Acaso la palabra amistad no es otra mentira?

— O se goza Vd. en atormentarme, ó tiene Vd. el corazón gastado, dije con desesperación.

— ¡Gastado cuando aun no he dado de él á nadie ni la mas pequeña parte!

— Pues bien, exclamé con pasión: es necesario que ese corazón ateo, crea; es necesario que ese corazón seco ame; es necesario que ese corazón virgen sea mío.

— Y bien, dijo con un repentino arranque Magdalena después de un momento de meditación; ¿qué es el amor?

— El amor, señora, es el fuego divino de la creación.

— No entiendo bien eso. Mas claro. ¿Cómo obra en nosotros el amor?

— El amor es un sentimiento que nos arrastra hacia otro ser; que nos identifica con el que fuera de aquel es nuestra memoria y nuestra voluntad.

— Y da al traste con nuestro entendimiento; lo que quiere decir que el amor es una enfermedad.

— El amor es el mas santo de nuestros afectos.

— Extraña santidad la que nos hace idólatras de un deseo impuro.

Habia cierta grandeza en el acento de Magdalena.

— ¡Un deseo! ¡Señora! no le parece á Vd. una blasfemia confundir el amor con el deseo.

— De algún tiempo á esta parte han dado en llamar á la verdad blasfemia.

— Mi amor hacia Vd. es una prueba.

— Si; es una prueba mas que me afirma en mi creencia, ó como Vd. dice, en mi ateísmo. Y si no veamos: ¿cuál sería su conducta de Vd. si yo aceptase su amor?

Aquella palabra inesperada me trastornó: me sentí acometido de un vértigo; se nubló mi vista, zumbaron mis oídos, y de una manera irreflexiva me arrojé á sus pies, así sus manos, recliné mi cabeza sobre sus rodillas y rompí á llorar.

Los que se hayan encontrado en una situación semejante á la en que yo me encontraba, comprenderán el trastorno que causaron en mí las últimas palabras de Magdalena.

Apenas habia reclinado mi cabeza en sus rodillas, se levantó de una manera nerviosa y dijo con un acento indescriptible:

— ¡Ah! ¡bien lo sabia yo!

Y luego añadió:

— Levántese Vd., domínese y volvámonos: ¡si alguien por casualidad hubiese visto! ¡qué imprudencia! ¡y este es el amor! ¡el olvido de todo!

Y habia un marcado acento de desprecio y de hastío en la voz de Magdalena. Yo me levanté confuso.

— Vamos, me dijo, volvámonos á los salones; y nunca, nunca vuelva Vd. á permitirse...

Magdalena estaba visiblemente irritada.

Aquella irritación se comunicó á mi sangre: por otra parte ella estaba delante de mí, excitado por la impaciencia, excitante con sus hombros descubiertos, con sus brazos desnudos: sus ojos tenían un brillo singular, y hasta el destello de los brillantes la daban una fascinación satánica, y sus ojos fijos en mí tenían una expresión como jamás los habia yo visto en ninguna mujer.

— ¿Con que es decir, exclamé, que ha llegado el momento?...

— ¿El momento de qué? dijo con extrañeza Magdalena.

— El momento de que yo deje de existir.

— ¡Qué insistencia tan ridícula! exclamó ella soltando una carcajada sarcástica.

Acostumbraba yo á llevar en el bolsillo interior uno de esos pequeños instrumentos de muerte, de que el arte aplicado á la destrucción ha disminuido el tamaño y simplificado el mecanismo sin disminuir la fuerza; un pensamiento sombrío, insensato, pasó por mi cabeza, saqué la pistola y la armé.

Al imperceptible ruido de los muelles, Magdalena, que había quedado sumida en una meditacion profunda, pareció volver en sí.

— ¿Qué es eso? exclamó; ¡una pistola! ¡vamos! ¡el niño completo! ¡si es cierto que Vd. me ama, me dijo con dulzura, deme Vd. esa arma.

El acento de Magdalena me dominó: era un acento enteramente distinto de todos los que hasta entonces me había dejado oír: era un dulce acento de amor.

Le entregué la pistola, que ella se apresuró á arrojar en la fuente inmediata.

— Sentémonos un momento, dijo.

Me senté junto á ella estremecido, anhelante; ella estaba tambien profundamente conmovida.

— Es necesario, me dijo, que nos entendamos al fin francamente. Si Vd. no me amase tanto, es decir, si Vd. no sintiese por mí ese deseo tan profundo, tan delirante, yo satisfaría ese deseo... sería suya: es mas; eso que el mundo llama amor; eso que jamás había sentido lo siento por Vd.

Magdalena me contuvo con un ademan lleno de dignidad.

— Lo siento, pero no de tal modo que no pueda dominarme, y dejar de sacrificar mi tranquilidad, mi libertad.

— Pero... dije temblando... yo nada exijo... nada... — Nuestro amor, y digo nuestro amor condicionalmente, no podría satisfacerse sino por medio de un enlace... Pues bien, yo que he jurado no volver á contraer matrimonio, con quien menos me casaría sería con Vd.

— ¿Y dónde podría Vd. encontrar á un hombre que la amase mas que yo?

— Cabalmente, yo necesitaria, en caso de decidirme por un segundo enlace, un hombre que me amase menos.

— No comprendo á Vd.

— Procuraré explicarme. Comprendo perfectamente la impresion, la pasion que causo en Vd.; no he olvidado ni la palidez, ni el temblor, ni la turbacion que dominaba á Vd. el dia que me habló por primera vez: no pude contener la risa porque entonces, dispénsese Vd., su turbacion, su encogimiento, la situacion, todo era extraño, todo ridículo; pero no pude olvidar aquella mirada penetrante, ardiente, por la que se exhalaba un alma entusiasta; si entonces hubiese Vd. insistido como en estos últimos tiempos, hubiese Vd. alcanzado el mismo resultado que ahora.

Parecióme que había algo de falsedad en el acento de Magdalena, que continuó:

— Despues le he visto á Vd. continuamente siguiéndome á todas partes, primero en la calle pobremente vestido; luego con formas mas aceptables, en los teatros, en los paseos; al fin, una noche despues de la representacion de un drama que había causado una profunda sensacion en el público, le vi aparecer en la escena: Vd. era el autor de aquel drama á quien el público había llamado para aplaudirle. Entonces tuve un momento de orgullo, porque adiviné, estaba segura de que yo había inspirado aquella obra delirante escrita en noche de fiebre, á la que había asistido mi recuerdo. Pero yo soy una mujer de corazon frio, y nada adelanté Vd. en cuanto á amor. Al fin fué Vd. presentado en alguna de las casas que yo frecuentaba; por último en la mia. Comprendí que yo para Vd. lo era todo, todo, la vida, el deseo, la felicidad; comprendí que el alma de Vd. era mia: y este conocimiento, esta creencia me obligaron á colocarme en una linea de reserva y de retraimiento respecto á Vd.

— ¿Y porqué, señora?

— ¿Porqué? porque siendo libre, enteramente libre dueña de mis acciones, no queria convertirme en esclava.

— ¿Esclava?

— Sí: el amor de Vd. es uno de esos amores celosos, intolerantes, despóticos, que jamás se satisfacen, que todo lo temen, que de todo desconfian: hubiese Vd. tenido celos del hombre á quien yo casualmente mirase, del que hablase conmigo, del que me saludase; celos hasta de mi coche y mis lacayos: hubiera llegado un momento en que esos celos hubiesen producido escenas ruidosas, hechos escandalosos, brutalidades de todo género... sí, sí, comprendo perfectamente que yo perteneciéndole acabaría por encontrarme reducida á la situacion de esclava; y aunque lo confieso, Vd. es el único hombre que ha llegado á interesarme, mi corazon, antes que á Vd., ama á su libertad.

— Pero esos temores no pasan de suposiciones, la dije alentado por aquella extraña confesion de amor.

— No, no son suposiciones, amigo mio, me contestó: son certezas; si yo no hubiese estado cierta de que su amor me sería funesto...

— Pero ese es demasiado egoismo, la dije interrumpiéndola.

— Un egoismo racional, un egoismo sin el cual seríamos unos insensatos; podemos consentir en hacer la felicidad de otro, pero no cuando esa felicidad haya de efectuarse á costa de la nuestra.

— En fin, señora, la dije conteniéndome á duras penas; ¿es irrevocable la resolusion de Vd.?

— Irrevocable de todo punto.

— Ha meditado Vd. bien las consecuencias.

— Sí.

— ¿Ha pensado Vd. que un hombre que por obtenerla ha arrostrado por todo luchando durante seis años con dificultades de todo género, venciendo toda clase de repugnancias, sacrificándolo todo por Vd., el honor, la conciencia, el aprecio público; ha pensado Vd. en que

quien todo esto ha hecho no se detendrá ante un obstáculo mas?

— Estoy segura de que le contendrá á Vd. la esperanza, y de que no atentará á su vida.

— ¿Y si yo no pienso ya en matarme?

— ¡Oh! mejor, mucho mejor; esto aumentaría el afecto que le profeso.

— ¿Pero no hasta el punto de consentir?...

— Eso, jamás.

— Pues bien; heme aquí que estoy resuelto á todo, exclamé asiéndola una mano.

Magdalena hizo un violento esfuerzo para desasirse, pero yo la tenía bien asida.

— ¡Oh Dios mio! exclamó con voz apagada y ardiente: no demos un escándalo... yo amo á Vd., pero... prudencia, por Dios... Yo solo queria probar su amor de Vd., y estoy satisfecha de él... sí, yo amo á Vd. con toda mi alma, y consiento en nuestra union.

Y aprovechando el mágico efecto que producian en mí estas palabras pronunciadas por una voz dulce, trémula, conmovida, se desasíó de mí.

Luego se levantó.

— Demos una vuelta por el jardin, me dijo.

Me levanté fascinado y me dejé guiar por ella.

Siguió jurándome amor, riéndose de mis extravagancias de enamorado, alegre y confiada como una niña, apoyándose en mi brazo con un hechicero abandono, y poco despues subiamos las escaleras y entrábamos en la galería que precedía á los salones.

Antes de entrar en ellos y á su misma puerta, Magdalena se detuvo, me miró frente á frente y me estremecí; su aspecto había cambiado enteramente, sus ojos fijaban en mí una mirada acerada, y en sus labios vagaba una sonrisa fria y sarcástica.

— ¡Ah, señor perseguidor de mujeres! me dijo, otra vez no se deje Vd. engañar: es Vd. el mismo imbécil de siempre; pero alégrese Vd., ahora le desprecio: si me hubiese Vd. injuriado gravemente, me vengaría. Ahora, y para acabar esta farsa, bailemos una redowa que empieza á tocar la orquesta.

Y me arrastró consigo al baile. Cuando concluyó, se separó de mí hiriéndome con una de sus sonrisas de miel.

Desde entonces volvió á colocarse en su posicion indiferente, y yo juré que aunque fuese necesario destruir un reino para llegar no tan solo á la posicion, sino á la humillacion de aquella terrible mujer, no dudaría un momento. Pero guardé mi amor, que empezaba á mezclarse con algo de odio, y devoré y seguí presentándome indiferente, no solo en su casa, sino tambien en las otras á donde ella concurría.

V.

Pero mi odio hacia Magdalena era un odio de amor, un odio justificado porque nada había que motivase mi desdicha, mas que su voluntad tiránica, cruel: ella era viuda y libre: ningun hombre podía jactarse de tener ningun género de relaciones amorosas con ella. No tenía tampoco hijos cuyo amor pudiera decirse que absorbía todo el amor de su alma; no los había tenido nunca, y no podía pensarse en ese recuerdo de dolor maternal que en algunas mujeres absorbe su existencia entera; yo, mejor cuidado desde que había variado de fortuna, rodeado de fausto, favorecido por las mujeres mas de moda, no podía creer, ni que mi figura, ni mis formas, ni mi aislamiento me separasen de ella: poseía un nombre respetado como pintor, como poeta, como novelista, como autor dramático: gozaba en política de una alta influencia, era diputado, y me distinguía como orador; mi casa y mis trenes eran lo mas bello de la corte; se hablaba de mí como de una persona notable por mil conceptos, y mis conocimientos eran numerosísimos entre lo mas alto de España y del extranjero. Era joven rico. ¿Qué mas podía desear? Y sobre todo ¿no la amaba con cuanto frenesí puede amar un hombre? Yo estaba en posicion de elegir una mujer, y una noté entre lo mas joven, mas hermoso, mas puro y mas rico de la corte, y sin embargo no tenía corazon mas que para ella: es verdad que Magdalena, si no era la mas joven, era la mas hermosa, la mas pura de la buena sociedad. Una sola vez, desesperado, me valí de mi buena amiga la vieja condesa de..., y por medio de ella la pedí su mano.

Magdalena contestó que no pensaba volverse á casar.

Esto puso el colmo á mi locura.

Al deseo puramente material que me inspiraba su hermosura, se unía mi empeño tenaz en humillarla, de amarla, de sujetarla á mi voluntad, de trasformar enteramente su carácter, de hacerla mi esclava: había contraído hacia ella un odio de amor.

Esta frase parece un contrasentido y no lo es: odiamos á todo el que nos disputa la posesion de un objeto vivamente deseado: yo amaba á Magdalena, la amaba con toda mi alma; amaba sus cabellos rubios como el oro, tan brillantes, tan pesados, tan profusos; amaba su frente de virgen, blanca y pálida como una azucena; amaba sus ojos negros como la noche, lucientes, profundos, llenos de sublimidad, de vida, ojos que ya me mirasen con desden, ya con indiferencia, me enloquecían del mismo modo que en la única ocasion en que insistiendo me habían mirado con amor; el solo recuerdo de su boca tan pura, tan encantadora, me desesperaba, y todo en ella, el cuello, los hombros, el talle, los brazos, sus admirables manos, su andar majestuoso é indolente, el ruido de sus pisadas, hasta el crujir de su traje de seda y la leve aspiracion de sus perfumes me embriagaba, me dominaba, hacia de mí un ser sentenciado á un infierno sobre la tierra; yo

adoraba tambien su alma, aquella alma mágica y misteriosa donde no sabia si se ocultaban el bien ó el mal; aquella alma altiva que nadie había sondeado; que parecía guardar tesoros de ternura para el hombre que llegase á conmovérle; aquella alma de ángel ó de demonio, y que acaso no era otra cosa que un alma de mujer. Si yo lo amaba todo en Magdalena, el cuerpo y el alma, la amaba como creo no se ha amado nunca, con toda la voluntad, con todo el corazon, con todas mis fuerzas intelectuales; por mejor decir, no me había quedado inteligencia ni sentimientos mas que para el amor de Magdalena; yo no comprendía nada digno de ser deseado fuera de ella, yo no sentía mas que por ella: todas mis acciones estaban subordinadas á este solo objeto, y todo el bien ó todo el mal que había hecho desde que la conocí se debía enteramente á ella. ¿Cómo podía dejar de amarla, cuando ella era mi suprema aspiracion?

Me valí pues de la vieja condesa de... mi amiga que era eminentemente casamentera, y logré interesarla en mi favor hasta el punto de que me prometió explorar delante de mí el corazon de Magdalena que la profesaba una respetuosa amistad.

Yo, escondido en el gabinete de la condesa, debía escuchar la conversacion de las dos amigas.

Esto era una conspiracion.

Al fin, la condesa me avisó un dia que esperaba á Magdalena.

Yo fui, y la casamentera condesa me emboscó.

VI.

Mi posicion por cualquier aspecto que se la considere, era poco noble, poco decorosa: era al mismo tiempo una traicion y una abdicacion de mi dignidad: era el amante desahuciado y tenaz que obcecado y loco se obstinaba en su empeño, y acoge todos los medios por inconvenientes que sean. Aquello por parte de la condesa era una condescendencia incalificable; por mi parte era ridículo.

Durante algun tiempo nadie se presentó en el gabinete, y ya empezaba á impacientarme cuando sentí el ruido de un carruaje. Era en efecto el de Magdalena: poco despues oí su voz y la de la condesa que se saludaban en una habitacion inmediata con besos de fórmula, y luego sus pasos que se acercaban al gabinete.

Entraron y se sentaron junto á la chimenea. Magdalena ocupaba una butaca frente al lugar en que yo me ocultaba y á poca distancia de mí. Venía vestida como siempre, con suma elegancia, con un hechicero traje de confianza; cuando se quitó la capotita que cubría su cabeza noté que estaba admirablemente peinada: por mas que Magdalena pusiese siempre mucho cuidado en su tocador, creí adivinar que en la sencillez de su traje y de su peinado había pretensiones de agrado: ¿y á quién? ¿esperaba encontrar alguien en casa de la condesa?

(Se continuará.)

La religion en Africa.

Los musulmanes, dotados en general de un carácter profundamente religioso y animados comunmente de una fe ardorosa, carecen sin embargo de culto exterior en la acepcion rigurosa de la palabra, y entre ellos no hay clases de individuos consagrados especialmente á lo que es relativo á la religion.

Es cierto que en todas las ciudades musulmanas se encuentran edificios religiosos, mezquitas adonde acuden los fieles á hacer sus oraciones; pero los creyentes no pecan cuando no van á esos santuarios á horas fijadas, y cuando no siguen todas las fases de una ceremonia ritual. Los funcionarios de la mezquita recitan plegarias en ciertos momentos del dia, y las anuncian desde lo alto de los minaretes con los clamores del *muezzin*; pero los habitantes de la ciudad pueden decir sus versículos allí donde se encuentran, y esto es lo que hacen.

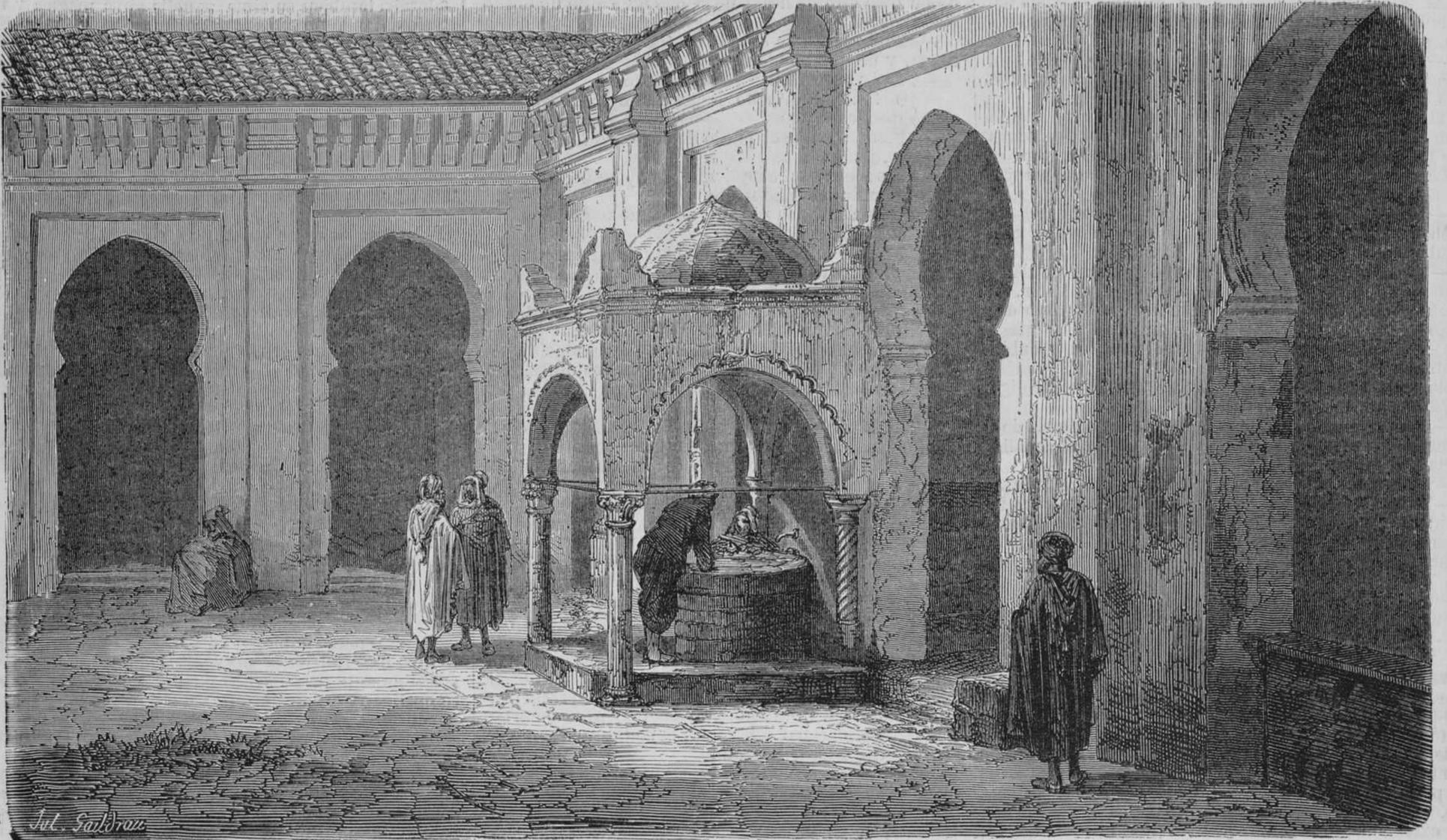
Los directores de la mezquita no vigilan la conducta de sus correligionarios, con tal que no haya escándalo público, como ofensa verbal al profeta y á la religion, y tampoco toman la iniciativa de la investigacion. No se consideran con poderes para condenar á sus hermanos en la vida futura, y dejan este cuidado á Dios. En las mezquitas no hay altares ni ninguna señal material que deban venerar los musulmanes.

La iniciacion se hace por medio de esta profesion de fe: «Solo Dios es Dios, y Mahoma es su profeta.»

Ya hemos dicho que el fiel va á la mezquita cuando lo juzga á proposito; allí se acurruca en el sitio que le parece conveniente, y medita sin que nadie le interrumpa.

No obstante, los sectarios de Mahoma tienen ciertas obligaciones, pero son íntimas, y la vida privada entre ellos es impenetrable. La consagracion religiosa que acompaña ordinariamente á ciertos hechos públicos se limita á la lectura del *Fatha* (plegaria que comienza el Coran, y que es para los mahometanos lo que el Padre Nuestro para nosotros); esta oracion la dice el personaje mas importante de la asamblea.

Los morabitos que muchos europeos consideran como una especie de sacerdotes, no lo son; no son mas que unos simples creyentes que se han adquirido una gran reputacion de santidad, y que habitando cerca del sepulcro de un morabito afamado, ó en una zauia, reciben los regalos de los visitantes, y á veces les dan en cambio consejos, consuelos y pedazos de papel con versículos piadosos destinados á curar las enfermedades.

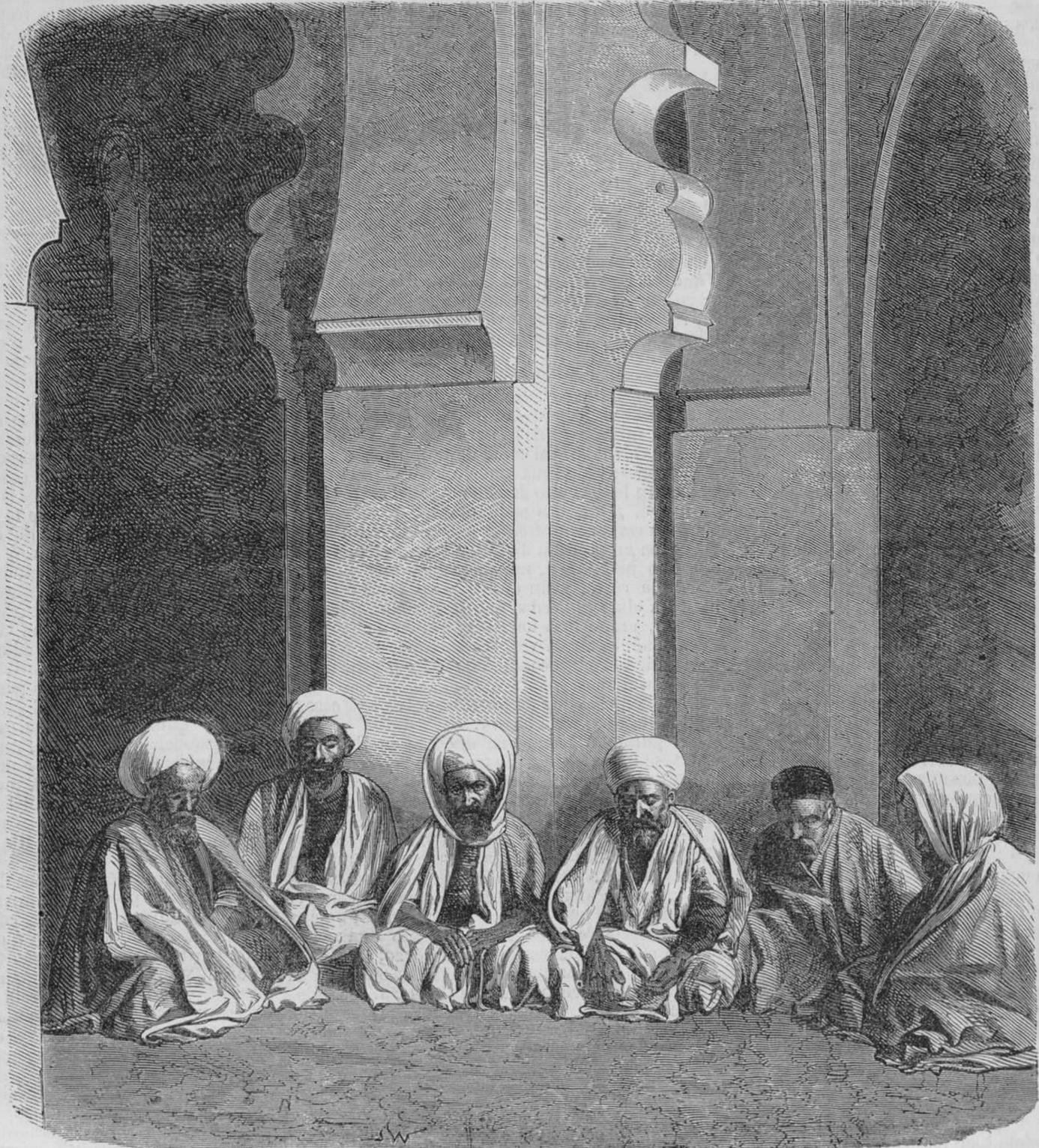


FUENTE DE LAS ABLUCIONES EN EL PATIO DE LA MEZQUITA PRINCIPAL DE ARGEL.

Aunque haya habido en esto abusos escandalosos y morabitos indignos de este nombre, en general los individuos así designados se recomiendan por un gran desprendimiento de las cosas de este mundo, por su espíritu de caridad, de conciliación.

Pero volvamos á los deberes que les están impuestos á los mahometanos; entre ellos figuran las abluciones. — Hay ablucion grande y pequeña; la primera está impuesta como preliminar de cada una de las cinco abluciones que debe hacer el musulman en un dia. Consiste en lavarse las manos tres veces seguidas; luego el rostro, los brazos hasta el codo, y por último los piés, de un modo uniforme. Esta obligacion anuncia en el que supo imponerla un genio organizador; en esas comarcas ardientes donde los habitantes están sucios porque la limpieza es difícil por causa de la respiracion, nada podia ser físicamente hablando mas útil á las poblaciones; ella completa lo que la circuncision y la abstencion de la carne de puerco producen por otra parte como medidas higiénicas muy propias del pais y de los que lo habitan.

El reformador que prescribe las abluciones preve el caso en que los fieles en sus peregrinaciones podrian pretextar la falta de agua para



IMANES DE LA MEZQUITA PRINCIPAL DE ARGEL.

abstenerse de la purificacion ordenada. Allí donde no hay agua, el musulman, despues de frotar sus manos en una piedra lisa, ó en el suelo, debe simular la ablucion antes de comenzar su plegaria; solo se le hace una pequeña concesion; no repite mas que dos veces en lugar de tres los ademanes de reglamento.

La ablucion grande es de rigor en ciertas circunstancias; esta operacion solo se hace con agua, en casa, en los baños, en el rio; no sé que esté prescrito su simulacro por falta de agua, como sucede con la otra.

En el peristilo de la mayor parte de las mezquitas hay una fuente cuya agua cae en un pilon destinado á las abluciones. Cuando estas mezquitas se hallan en posiciones favorables, desde donde se descubre un vasto horizonte, se experimenta á su entrada en ellas una sensacion cuyo recuerdo dura largo tiempo. La calma que reina por lo comun en torno de esos edificios, las formas graciosas de los arcos morunos, la sencillez grandiosa del interior, el murmullo siempre tan suave en las comarcas meridionales del caño de agua de la fuente, el hermoso cielo azul que llena todos los claros, conmueven y hacen comprender la pasion contemplativa del creyente.

F. H.



NUEVO JARDIN PUBLICO DE BURDEOS. — LA CASCADA.

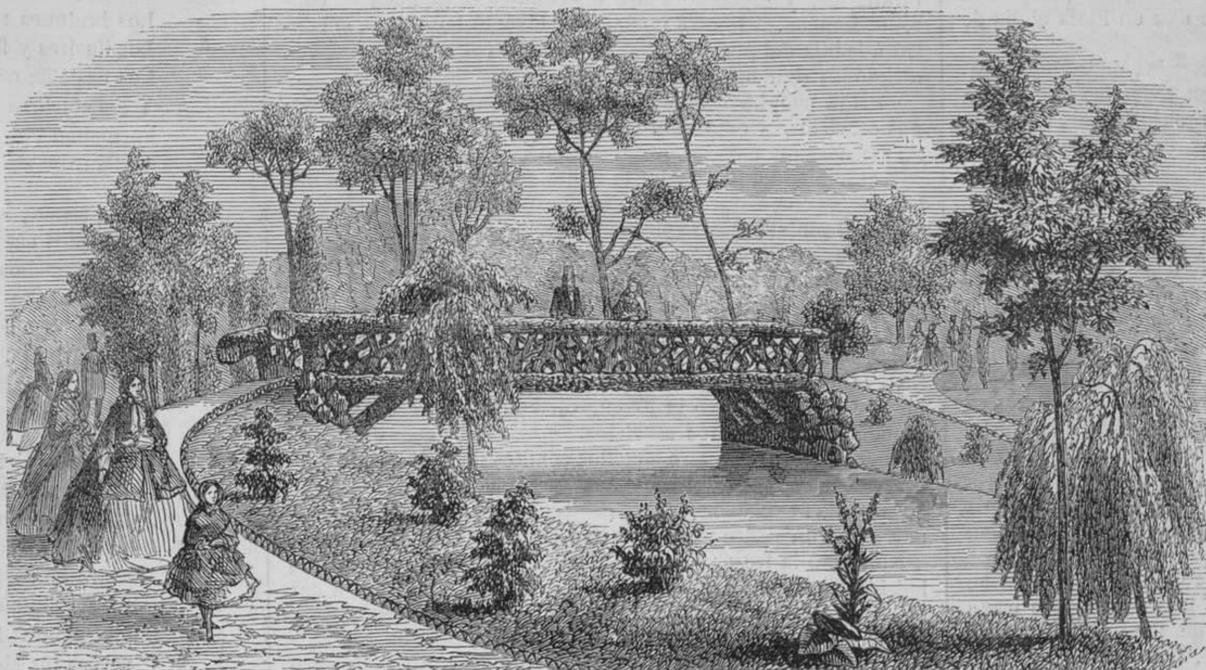
El nuevo jardín público de Burdeos.

Un inglés, Arturo Young, escribía en su diario cuando visitaba la Francia en 1787, con fecha 26 de setiembre, que « no se podía comparar Liverpool con Burdeos. El Garona que le parecía dos veces mas grande que el Támesis en Lóndres, y el teatro mas hermoso de Francia, » le bastaron al imparcial gentleman para colocar á Burdeos en el número de las ciudades mas notables del reino. Y sin embargo, Burdeos en aquella época no era mas que un conjunto sombrío de casas viejas y muy altas, con calles estrechas y tortuosas, y aunque es cierto que tenia algunos edificios notables, se hallaban tan escondidos y tan obstruidos, que era imposible descubrirlos ó admirar sus proporciones; pero ¡qué cambio, ó mejor dicho, qué trasformacion se ha operado en esa antigua ciudad desde el tiempo en que pasó por ella el viajero británico! A la rada erizada de palos de buques, á las negras torres góticas de San Miguel y del rey

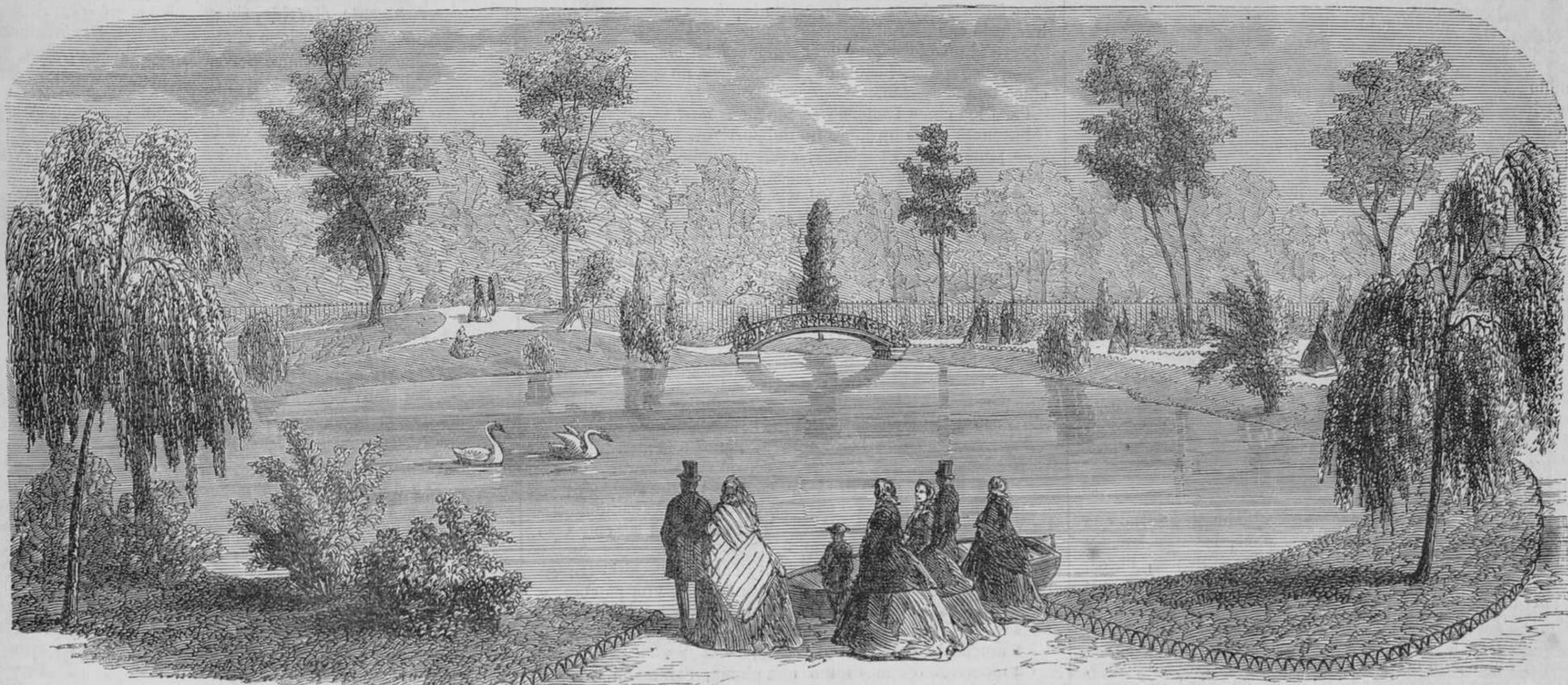
Bertrand, á los agudos campanarios de San Andrés y al teatro de Luis, hay que añadir un conjunto de monumentos de toda especie: un puente soberbio, cuya idea gigantesca es de Napoleon I, unas casas consistoriales suntuosas, un hospital magnífico, un palacio de justicia imponente, muelles recién construidos, calles

abiertas ó rectificadas, plazas adornadas con fuentes y cuadros de verdura, estatuas elevadas por la gratitud de un pueblo ó por el recuerdo de generosos conciudadanos, museos y avenidas frescas y hermosas allí donde se alzaba el viejo castillo de Vauban, y por último, escuelas abiertas al estudio de la botánica y de las bellas artes.

Tales son los embellecimientos que durante medio siglo la administracion municipal de Burdeos ha sembrado con profusion en su rica ciudad. Hace algunos años abrió un crédito importante para trasladar al campo de Marte el jardín botánico, y hacer con él un paseo público correspondiente á las exigencias de nuestra época y á las necesidades de la poblacion. Presentamos aquí á nuestros lectores algunos dibujos de ese jardín, que ha tenido de coste unos 570,000 fr. Prescindiendo del bonito invernáculo tan ligero como un palacio de cristal, así como de su verja dorada y de las elegantes construcciones que forman tan bonito cuadro á esa naturaleza artificial, hemos querido únicamente reproducir



EL PUENTE RÚSTICO.



EL PUENTE DE HIERRO.

las vistas mas notables de esa naturaleza arreglada por la mano del hombre de un modo tan pintoresco.

E. F.

Revista de Paris.

Cuando decíamos la semana última que los regalos del día de Año nuevo en Paris conocidos con el nombre de «étrennes» constituyen una contribucion forzosa que pesa sobre todas las clases de la sociedad parisiense, no poseíamos los datos que hoy nos suministra un calculador ingenioso, M. P. de Ivoy, en un cuadro que ha formado para dar una idea de los capitales que pone en movimiento la contribucion de las «étrennes.» Vamos á tomar pues algunas noticias de este curioso trabajo.

Hay en Paris, dice, mas de veinte mil porteros, y muchos de ellos no cambiarían sus «étrennes» por el sueldo de un empleado subalterno. Otros no reciben tanto; pero de todas maneras se puede calcular en cien francos la suma á que se elevan por término medio las «étrennes» de cada conserje. Tenemos pues aquí un total de dos millones de francos.

Otros dos millones pueden contarse para los criados. Hay en Paris unos cien mil criados que reciben por término medio, de sus amos ó de las tiendas donde compran, una cantidad de veinte francos cada año.

El día de Año nuevo el habitante de esta gran ciudad se queda atónito al descubrir la infinidad de personas que le prestan servicios durante todo el año sin que él lo haya notado.

Carteros, mozos de café y de fondas, mozos de oficinas y de casas de comercio, repartidores de periódicos, tambores de la guardia nacional, peluqueros, barrenderos de las calles, monaguillos, acomodadores de teatros, etc., etc., todos hacen valer sus derechos establecidos por el uso.

No creemos andar lejos de la verdad fijando la suma de estas «étrennes» en tres millones de francos.

Nos resultan ya siete millones repartidos en monedas de cinco francos. ¡Cuántas ciudades ó cuántos Estados pequeños no tienen un presupuesto de siete millones! Y sin embargo, esa cantidad es una fruslería, una simple propina comparada con la masa de las «étrennes» que se dan en Paris el día de Año nuevo.

Calculemos aproximadamente los regalos delicados, ingeniosos y recíprocos que se cambian en todas las clases de la sociedad parisiense. Dones obligatorios por lo comun, pero que parecen espontáneos porque se ofrecen con mucha gracia y muchas precauciones, y se reciben con gratitud y con sorpresa; dones de afecto, de amistad ó de amor que están reñidos con la economía; dones hechos por ostentacion, por vanidad, por hacer alarde de fortuna; estos regalos que alimentan las industrias de lujo, de gusto y de arte, la estatuaría, la pintura, la platería, el bronce, la joyería, todas las riquezas minerales, animales y vegetales del mundo, el oro, las piedras, las pieles, las telas mas preciosas, ponen en movimiento y en circulacion millones de millones.

Durante un mes, del 15 de diciembre al 15 de enero, pero sobre todo de Navidad á los Reyes, mas de cuarenta mil carrajes circulan de día y de noche en Paris y se paran delante de las tiendas; los que van en esos coches llevan la fortuna á los joyeros, á los confiteros, á los mercaderes de juguetes de niños, á los tenderos de novedades, á todos los que se hallan consagrados á las industrias de lujo y de gusto.

Se cuentan en Paris mas de mil joyeros. Lo que venden en esos días ellos lo saben. No obstante, uno de los que están mas en moda decía que cada joyero de Paris vende para el día de Año nuevo, por término medio, por un valor de unos tres mil francos. La platería y la joyería parisiense produce y vende por una cantidad de cuarenta millones anuales; de modo que no será exajerado calcular en tres millones la venta del día de Año nuevo.

Hay en Paris unos ciento veinte confiteros que venden de esos bombones que son objetos de arte y de gusto sin dejar de ser golosinas. No creemos abultar las cosas calculando en un millon doscientos mil francos el gasto que se hace en bombones durante esta época del año.

Tambien se regalan muchas flores y perfumes. Se estiman en doscientos mil francos las flores vendidas, y en siete mil los perfumes.

La Francia es el país de las telas lujosas. Las tiendas de novedades de Paris son bazares inmensos donde se amontonan los productos maravillosos de Lyon, Nimes, Saint-Etienne, Ruan, Mulhouse, etc. Todas estas tiendas rivalizan en riqueza y en gusto; todas están llenas de irresistibles seducciones, y todas excitan en alto grado los deseos femeninos.

Hay en Paris de seiscientas á setecientas tiendas de novedades. Un industrial versado en estas cuestiones, afirma que por término medio se puede calcular en quince mil francos el valor de la venta en cada uno de los almacenes durante la última semana de diciembre.

Contando solo seiscientas tiendas, nos resultan unos nueve millones por este artículo.

La ropa blanca, las modas, blondas, encajes, pieles y pañuelos deben figurar al menos por un millon en las generosidades del día de Año nuevo.

Los cofrecillos, los neceseres, los mil objetos de adorno que se ponen sobre los muebles en los salones, las porcelanas y los cristales, un millon; — los muebles, instrumentos, libros, estampas, albums y publicaciones musicales, millon y medio; — y por último, pondremos un millon por los juguetes de niños.

Tenemos pues en «étrennes» dadas en dinero, en regalos, en joyas, objetos de arte, dulces, novedades, pieles, encajes, libros, estampas, cofrecillos y juguetes de niños, una suma de veinte y cinco millones de francos; cantidad exorbitante que entra en el movimiento y la circulacion parisiense.

Y no es todo aun; las fiestas y las comidas ocasionadas por el día de Año nuevo originan un gasto de dos millones. Hay seis mil taberneros en Paris, que en los cuatro días que preceden y siguen al día de Año nuevo, venden por extraordinario como unos doscientos francos, ó sea un millon doscientos mil francos. Por último, se da autorizacion para que circulen esos días en Paris quinientos carruajes mas que producen una suma considerable.

Hasta aquí la estadística; tratemos ahora de las privaciones que muchas personas deben imponerse para pagar el impuesto forzoso. Hé aquí un ejemplo:

En una casa de un barrio retirado de Paris vivía hace veinte y cinco años un viejecillo, que habitaba una triste guardilla, llevando una existencia de las mas miserables. Había sido empleado y disfrutaba el módico haber de su retiro.

Hombre pacífico por naturaleza, era el modelo de los inquilinos de la casa; jamás se oyó ruido en su guardilla; cuantas veces salía saludaba cortésmente al portero, y pagaba con puntualidad los alquileres.

En suma, todos los que le conocían le estimaban en su barrio, excepto el portero y su familia. Económico por necesidad, se veía obligado á reducir las «étrennes» y solo pagaba seis francos mensuales porque tuviera limpia la guardilla.

— ¡Es un descamisado! decía la portera; no sé como el casero permite que vivan aquí personas de su especie.

Y el portero, su mujer y su hija, Maritornes de diez y ocho años, maldecían é injuriaban en coro al inocente anciano.

Y este infeliz ignoraba que los progresos de la época han hecho que los porteros parisienses hayan llegado á ser personajes importantes. Vagamente había oído hablar del lujo y de las pretensiones de los de su casa, y hace tres meses se había dicho:

— El día de Año nuevo quedarán contentos de mí; les reservo una bonita sorpresa.

Si el pobre hombre pensaba en las «étrennes» con tanta anticipacion, es porque para hacer el regalo que meditaba, debía imponerse muchas privaciones. Con efecto, en esos tres meses vivió como un anacoreta; así se le vio mas amarillo y acartonado que de costumbre, pero había economizado cuarenta francos, y se prometía que esta media onza de oro regalada á tiempo le granjearía el respeto de la familia porteril.

El 31 de diciembre compró una cajita de dulces de las mas ordinarias, y escondió entre los confites la moneda de cuarenta francos. A la otra mañana se levantó temprano, encontró á la hija del portero en la escalera, y con voz afectuosa la dirigió las siguientes palabras:

— Hija mia, hace tiempo que quiero pagar á Vd. sus buenos servicios, y elijo este día para dar á Vd. una prueba de mi satisfaccion y de mi gratitud.

Y al hablar así entregaba la cajita á la muchacha. Esta dió las gracias con sequedad, y ni siquiera abrió la miserable caja de papel pintado cuyo valor conocía.

— ¡Vaya un regalo! murmuró entrando en su habitacion; será para el primer pobre que venga.

Tiró con desden la caja sobre la mesa y salió en busca de otros obsequios. Luego llegó su padre y abrió la caja.

— ¿Quién ha dado esto? preguntó frunciendo las cejas.

— ¿Quién ha de ser? El pordiosero de la guardilla me la ha regalado, contestó la jóven, diciéndome que es para mí en pago de mis buenos servicios.

Revolviendo el portero aquellos confites de almidon sin azúcar, encontró la moneda de cuarenta francos.

— ¡Hola! exclamó; ¡cuarenta francos! Es demasiado para una niña; un padre de familia tiene obligaciones...

No acabó la frase; pero tomando la moneda se la echó al bolsillo, puso en su lugar otra de diez francos, y se fué á dar una vuelta por la vecindad, á ver cómo marchaban las «étrennes» de sus amigos.

Acababa de salir cuando entró su mujer con sombrero y manguito que volvía de misa.

Apenas distinguió la caja, repitió la pregunta del padre; la muchacha dió igual respuesta.

— Devuélvele su regalo, hija mia; á personas como nosotras, esto es un insulto.

Pero al mismo tiempo daba vueltas á los confites.

— ¡Diez francos! exclamó; la muchacha no sabe nada... con cinco tiene bastante.

Paso los cinco francos y se fué á sus quehaceres. Entonces entró un sobrinito del portero.

— ¡Qué regalo! exclamó; estás de enhorabuena, querida prima.

— Sí, unos dulces que valen ocho sueldos. El mozo examinó los dulces y vió la moneda.

— No la ha visto, dijo para sí; la guardaremos. Y lo hizo así sustituyéndola con otra de un franco.

Entonces exclamó en voz alta:

— Querida prima, ¿no has visto lo que contiene esta cajita? Aquí tienes una moneda de un franco.

En aquel momento se hallaba reunida toda la familia. portero y la portera se miraron, pero como no tenían limpia la conciencia, hubieron de guardar silencio.

— ¡Un franco! ¡buena limosna... aguarda; voy á devolver su dinero á ese mendigo para que aprenda á respetarme.

Subió con presteza las escaleras, llamó á la guardilla y la abrió el anciano, que al verla se sonrió con dulzura.

— Aquí le traigo á Vd. el franco que me ha regalado; yo no necesito limosnas, no soy como Vd. Con esa cantidad tiene Vd. para comer cuatro ó seis días; no quiero ser causa yo de que Vd. se muera de hambre.

El pobre viejo se quedó atónito, y la accion le hirió tan en lo vivo que se puso encarnado, no pudo decir una palabra, y dejándose caer en una silla, sintió que le venían las lágrimas á los ojos.

La muchacha había desaparecido. Un momento despues tomó una pluma, con mano trémula escribió al casero que dejaba su habitacion, y bajó á entregar el papel al portero sin dar explicaciones.

A la mañana siguiente la moza volvió á ver al anciano.

— Disimúleme Vd., le dijo bajando los ojos; sé lo que ha pasado. Mi padre, mi madre y mi primo han tenido anoche una gran disputa despues de haber bebido, y han dado á entender que se habían quedado con el dinero que había en su cajita de dulces; se echaban la culpa unos á otros; parece que ha habido para todos... ¿Cuánto puso Vd.?

El anciano se encerró en el silencio mas profundo; ni quiso responder á la pregunta, ni se ablandó á las súplicas de la jóven para que no efectuara su proyecto de mudanza. — Hé ahí pues una víctima de las «étrennes» de 1859.

MARIANO URRABIETA.

Canto épico.

A LA BATALLA

DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

La accion de Alarcos mísera perdida
Quiso lavar el rey airoso, ufano;
Y su fama elevar escarnecida
Y hollada por el bárbaro africano;
Restablecer su autoridad herida
Con desdoro del solio soberano;
Conservar su esplendor y su memoria
Con el claro blason de la victoria.

Se reunió la animosa muchedumbre
En la ínclita Toledo, ansiando ardiente
De la gloria inmortal á la alta cumbre
Tregar con paso firme y diligente;
Sin recelo, temor ni pesadumbre,
De laurel coronada la alta frente;
Por su Dios y su príncipe lidiando
Hasta triunfar del enemigo bando.

Los francos, los rayanos ardorosos,
Los lombardos y diestros alaveses,
Los bretones resueltos y briosos,
Los ilustres y fieros portugueses,
Los castellanos siempre belicosos,
Y los célebres tercios de franceses,
Formaban con espíritu anhelante
Aquel trozo de ejército arrogante.

Las armas, los emblemas distinguían
A aquellos capitanes animados,
Y en penachos y cintas se veían
Sus blasones y fueros expresados:
Arrogantes é intrépidos lucían
Sus escudos ya rectos ó tronchados,
En torneos ganados á lanzadas,
O en Palestina en bélicas jornadas.

Lleva Garcí Romeu y patentiza
Un águila rapante por trofeo:
Peralta un grifo alado que electriza:
Villegas, implacable en su deseo,
Muestra cinco leones en la liza:
Góngora pinta sierpes en su arreo:
Bandas negras los Zúñigas alzaban,
Y verdes los Moncadas las mostraban.

Allí brilló Don Sancho de Castilla,
Deudo del rey: Mendoza el celebrado
Arrogante, atrevido, sin mancilla:
Rocaverti, Manrique el alentado,
Que en todo trance por su esfuerzo brilla:
Guillen, Cervera, Moya, Coronado:
Y allí la mitra, el báculo y la lanza
Inspiraban cumplida confianza.

De extranjeros valientes y adiestrados
Reunió noventa mil fuertes peones,
Y doce mil caballos arrojados,
Dispuestos en vistosos escuadrones,
Que á innumerables haces agregados,
De españoles valientes cual leones,
Las católicas armas ensalzaban
Y el triunfo de la cruz aseguraban.

En la márgen risueña y espaciosa
Del claro Tajo, Alfonso entusiasmado
Con arrogancia altiva y ardorosa
Por su nobleza y su valor alzado,
Con voz sonora, altiva, portentosa
Le dijo así á su pueblo congregado,
A sus jefes insignes adheridos,
Y á sus bravos prohombres ya reunido:

«Dignos prelados, ínclitos varones,
Valerosos guerreros, aliados,
Los que llevais ardientes corazones
Y respirais altivos y alentados,
Atended mis verídicas razones;
Escuchad mis acentos denodados,
Sabreis el proceder inicuo y fiero
De un alarbe atrevido y altanero.

» Mohamed, que el rayo de Otoman se nombra,
Y que comanda el beticano suelo,
Cuya saña y crueldad al mundo asombra,
Que siembra destruccion, miseria y duelo,
Ese dominador, que por alfombra
Poner piensa á sus piés la tierra y cielo,
Apresta activo, ufano y ambicioso
Un ejército fiero y orgulloso.

» Por infernal espíritu movido
Amenaza invadir toda Castilla;
Conquistar á Aragon enloquecido,
No dejándole en pié ciudad ni villa;
A Navarra arrasar de rabia henchido
Con la espantosa turba que acaudilla;
Y sus caballos alojar insano
En San Pedro de Roma y Vaticano.

» Rebeldes al Señor, nuestros hogares
Los fieros mahometanos asaltaron;
Cual impuros ladrones, los altares
De los sagrados templos saquearon:
Sufrimos nuestro mal, nuestros azares:
Pocos y unidos de su ardor triunfaron,
La religion alzando y la justicia
Contra la iniquidad y la malicia.

» Siguiendo el estandarte de Pelayo
Los godos contrastaron sus rigores:
Repuestos de su efimero desmayo
Implorando del cielo los favores,
Se lanzaron cual rando ardiente rayo
Sobre sus atrevidos invasores;
Y la espada y la lanza se blandian
Y muerte y exterminio recibian.

» No les queda esperanza: ni en el suelo
Donde sentar la vacilante planta:
Con estupor, con miedo y con recelo
Sin aliento su hueste se adelanta:
Al empuñar las armas nuestro celo
Al Supremo Hacedor hoy se levanta:
Corramos á la lid, á la pelea,
Cerrar y acometer que el sol nos vea.»

Se oyó una aclamacion, viva, ardorosa,
Que en repetidos ecos se elevaba
Hasta la altiva esfera luminosa,
Que de claro esplendor se engalanaba,
Y la reunion ufana y animosa
«A las armas» intrépida clamaba;
Y en manos del insigne Don Rodrigo
Juraron extirpar al enemigo.

El agareno en tanto se gozaba
Con la grata ilusion del vencimiento,
Y las altivas cumbres ocupaba
De Muradal con célebre contento:
Los montes Marianos coronaba
De predominio y destruccion sediento,
Amenazando con su ruda mano
Al ibérico solio castellano.

Su numeroso campo lo formaban
Ciento sesenta mil motawatynes:
Trescientos mil almohades se agregaban
De apartadas regiones ó confines:
Negros, cuarenta mil; y allí se hallaban
A guisa de esforzados paladines,
Una reunion confusa y ambiciosa
De gente advenediza y procelosa.

Alfonso la campaña abrió animoso;
De su luciente coselete armado
Esmaltado de azul y oro precioso
Se presentó á su ejército alentado:
En el cinto el acero esplendoroso
Y un broquel de trofeos adornado,
Y una nevada pluma en la eimera
Que ondulaba beligeramente y ligera.

Acometió con ánimo esforzado
A Calatrava que regia airoso
El bravo Aben-Kades, alicionado
Y en las contiendas diestro y animoso:
Con la lanza y la espada fté alcanzado
Aquel triunfo primero y ostentoso;
Mas en inesperadas disensiones
Se turbó la unidad de las naciones.

La liviandad, el miedo, la falsía,
Se entronizó en los tercios agregados;
Cundió la rebelion y rebeldía
Entre los extranjeritos congregados;
Y cuando Calatrava sucumbia
Y el fuerte Aben-Kades, ya los cruzados
El suelo de su patria echaban menos
Y se tornaron de temores llenos.

La desercion y mengua del cristiano
La halagüeña esperanza alimentaba
Del insensato Mohamed, que ufano
En su reunion inmensa confiaba:
Intrépido, atrevido, astuto, vano,
Su triunfo ya seguro proclamaba,
Y siguió en desvarío delirante
Su incierta empresa, fatua y arrogante.

Resuelto y orgulloso acaudillando
Aquella tropa estrepitosa y fiera
Iba en su hermosa alfana reanimando,
Mal encubierta su intencion rastrea
Su inquieta multitud, y apellidando
Santa y sagrada aquella guerra artera;
Y su voz estridente se esparcia
Y en fatídico tono repetia:

«Vuestro esfuerzo mostrad, vuestra arrogancia:
Ese enemigo mísero, ominoso,
Que á vuestra vista tiembla, y su jactancia
Quede humillada á vuestro ardor fogoso:
El premio del valor y la constancia
Si vencemos será grande y glorioso;
Mas si somos vencidos, verá el moro
Sepultado su imperio con desdoro.

» En nuestro fuerte ejército se ostenta
La grata union de un pueblo enardecido,
Y el enemigo informe nos presenta,
Aunque en su rabia fiero y engreido,
Una avenida que insensato ostenta
De distinto lenguaje no entendido,
En leyes y costumbres encontradas,
Y en armas y doctrinas no acordadas.

» En discordias impuras divididos
Se ven, y en intereses encontrados:
En su número y fuerza reducidos:
De la extranjera gente abandonados.
Lidiemos animosos y reunidos,
Intrépidos, resueltos y alentados,
Y el paraiso ocupará glorioso
El que logre en la lid su fin honroso.»

Alfonso con sus huestes avanzaba
Firme en su fe y en fervoroso celo;
En sus santas creencias confiaba
Y en el favor y proteccion del cielo:
El injusto abandono despreciaba
Imperturbable, altivo, sin recelo:
Ansiando exterminar fiero, arrogante,
De Mohamed el dominio vacilante.

Corrió hasta Malacon que ganó ufano,
Rindió á Castro-Ferral y Salvatierra;
En Alarcos unióse al soberano
Navarro que ayudaba aquella guerra;
Pasó el Guadalquivir, y ya cercano
Del enemigo, atravesó la Sierra:
Y al paso de la Loza llegó ardiente
Que ya ocupaba la africana gente.

Estrecha y escabrosa se presenta
Aquella senda ó áspera pasada
Al caminante que treparla intenta:
Mas ora por almohades resguardada
Su resistencia y fuerza se acrecienta.
A todo esfuerzo y poderío cerrada,
Allí ofrecian los fieros africanos
Un seguro sepulcro á los cristianos.

Aben-Kades con ánimo severo
Comandaba aquel puesto diligente,
Mostrándose resuelto y altanero
Con sus batallas de animosa gente:
Ofreció rechazar al mundo entero
Audaz, furioso, intrépido, insolente,
Y con tres colas que una pica alzaba
Su potestad y rango señalaba.

Dispuso Alfonso acometer unidos
Aquel paso difícil y arriesgado:
Con sus brillantes tercios aguerridos
Lo esperaba mirar pronto forzado.
Mas fueron contrastados y perdidos
Sus embates que dobla denodado:
Se opuso á su valor y á su experiencia
De los moros la dura resistencia.

Sus bravos capitanes propusieron
Retroceder á sitio mas seguro,
Mas al sabio monarca contuvieron
En aquel arriesgado trance y rudo
Prudentes reflexiones que influyeron
En su resolucion y celo puro,
Y decidió romper con todo empeño
Y del paso fatal hacerse dueño.

Quando un pastor; extraña maravilla!
Mal cubierto de andrajos, un camino
Para pasar al llano sin mancilla
Les indicó con rostro peregrino;
Una pasada rápida, sencilla,
Desconocida á toda ciencia y tino:
Y risueño y seguro se mostraba,
Y así con los guerreros se expresaba:

«Soy pastor hace años de esta tierra,
Donde vivo sin sustos y vagando;
Las salidas y entradas de esta sierra
Conozco, mi ganado apacentando:
Jamás sentí el estruendo de la guerra,
Mi ignorada existencia disfrutando:
Siempre guardé mi fe que os asegura
El mas completo triunfo en la llanura.

» Seguid y encontrareis en el camino
De vaca una nevada calavera;
Que en aquel sitio colocó el destino
Para que os sirva de señal certera;
Y al trasponer el monte y el vecino
Arroyo, penetrad en la pradera,
Y ocupareis la posicion hermosa
Que presentan las Navas de Tolosa.»

Regocijóse Alfonso, y alentado
Mandó reconocer aquel sendero
Que el triunfo le ofrecia deseado,
Y á su valor tan grato y lisonjero;
Y de su realidad asegurado
Y al ver cumplido su deseo primero,
La marcha dirigió por la pasada,
Y á las Navas llegó tan deseada.

Martin Alaja se llamó el villano
Que encaminó al ejército aguerrido,
O fué un ángel del cielo soberano
Por Dios al digno Alfonso dirigido,
El cual premió con libre y franca mano
Aquel hecho sublime y distinguido,
Con orlas y jaqueles, y ostentoso
En Toledo se alzó su busto hermoso.

Siguieron pues en su deseo ardiente,
Atravesando cerros y llanuras,
Hasta llegar al rio trasparente;
Treparon por las áridas alturas
Con atrevido paso y diligente,
Por entre frondas, quebras y espesuras;
Y al feroz enemigo descubrieron
Y la marcha á su vista contuvieron.

Observó el musulman el movimiento
Y el temor aparente del cristiano;
Y al verlo trasmontar con ardimiento,
Se creyó vencedor y soberano.
Seguro de su triunfo daba al viento
Su roja insignia, y escribia ufano
A Baza y á Jaen, que los tres reyes
Rendidos quedarian á sus leyes.

Mas vió en seguida impávida altanera,
Aquella inmensa masa desplegarse
Por la cercana cumbre y la pradera
Y una ciudad de tiendas levantarse;
Miró la santa cruz que se venera,
Y al castellano ufano solazarse;
Y lanzó su veloz caballería
Con notable denuedo y osadía.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

(Se continuará.)

Manufactura imperial de porcelana de Sevres.

HISTORIA Y FABRICACION.

La historia de la introduccion y de los progresos de la porcelana en Francia se halla tan ligada con la de la manufactura de Sevres, que es casi imposible trazar una noticia de ese establecimiento célebre sin seguir paso á paso el rápido desarrollo de esa industria.

Desde 1693 se hacia en Francia una alfarería blanca, traslucida y brillante que llamaban porcelana, y era en efecto una porcelana tierna que se fabricaba en Saint-Cloud, en Chantilly, en Villeroy, en Orleans, en Vincennes y por último en Sevres.

Esta porcelana se hizo por primera vez en Saint-Cloud en 1693 por Morin, que trabajó en secreto durante veinte y cinco años; por consiguiente, salió á luz quince años antes de la emision de la porcelana dura de Sajonia y setenta y cinco años antes de la de Francia. La manufactura de Saint-Cloud florecia aun en 1718 bajo la direccion de M. Chicoineau.

Diez y ocho años despues los hermanos Dubois, obreros de Chicoineau, establecieron una manufactura de esa misma porcelana en Chantilly que dejaron en 1740 para fundar la de Vincennes, la cual trasladada á Se-

vres en el camino de Versalles en 1756, adquirió con el nombre de aquella aldea la fama de que disfruta hace cien años.

Los hermanos Dubois propusieron á M. Orry, ministro de Hacienda, que le darian á conocer los secretos de la composicion de la porcelana; el ministro los recibió favorablemente, les dió un laboratorio en Vin-

cennes y encargó á su hermano que se pusiera al corriente de los procedimientos.

Los hermanos Dubois no correspondieron á las esperanzas que habian dado, y su mala conducta hizo que los despidieran. Les sucedió Pravant, uno de sus obreros, hombre inteligente y activo, que vendió el secreto al hermano del ministro, quien formó en 1743

una compañía de ocho accionistas, á 30,000 fr. cada uno, y obtuvo un privilegio de treinta años, bajo el nombre de Carlos Adam, así como un lugar en el castillo de Vincennes.

En 1753 este privilegio pasó á E. Brichard. El rey Luis XV se interesó por una tercera parte en la manufactura y la dió el título de manufactura real. Habiendo



VISTA GENERAL DE LA MANUFACTURA DE SEVRES.

llegado á dar magníficos productos, la compañía mandó construir un gran establecimiento en Sevres, camino de Versalles, en el sitio que ocupó la casa de Lully, que se inauguró en 1756.

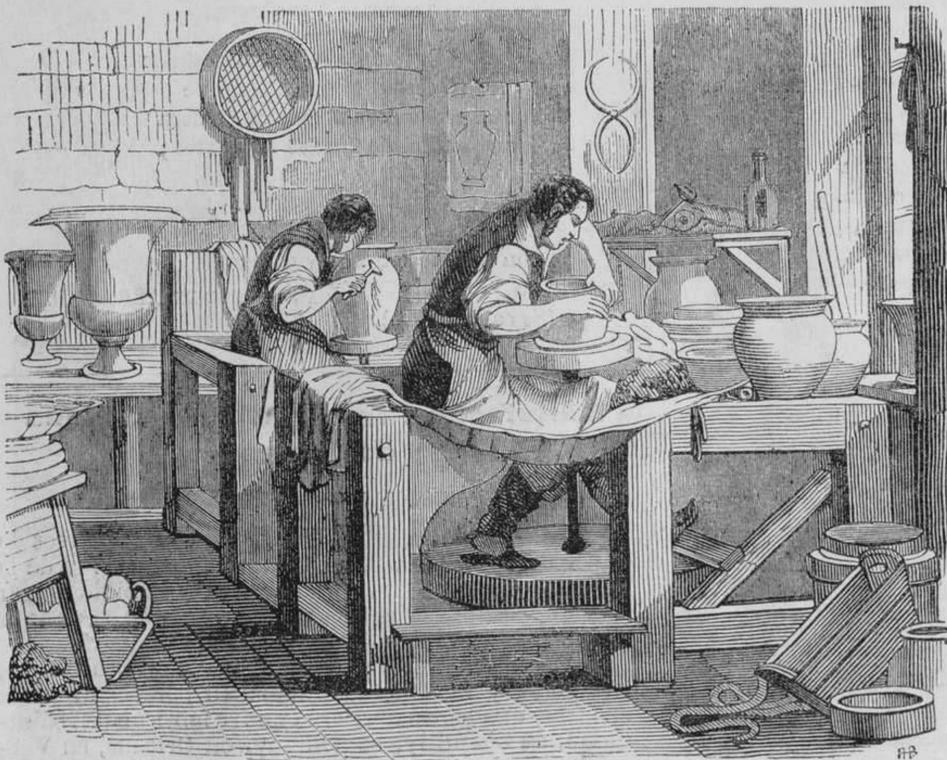
En 1760 el rey reembolsó á la compañía, se quedó con la manufactura, la señaló un fondo de 96,000 fr. y nombró director á M. Boileau. En 1765 se descubrió el caolin (1) de Yrieix, y se pudieron fabricar en Sevres

las porcelanas dura y tierna. M. Boileau murió en 1773 dejando la manufactura en un estado muy floreciente.

Le sucedió M. Parent que perfeccionó los procedimientos, pero sus desórdenes en la contabilidad fueron tales, que hubo de ser preso en 1778. M. Regnier le reemplazó en 1779, y dirigió la manufactura hasta los tiempos mas anárquicos de la revolucion, siendo encarcelado en 1793.

Esta manufactura que por milagro quedó intacta en aquella época, fué dirigida entonces por comisarios miembros de la Convencion. En tiempo del directorio tuvo tres directores, y bajo el gobierno del primer cónsul fué nombrado M. Brongniart, al que sucedió el actual director M. Regnault.

Hemos dicho que hasta 1765 no se descubrió el caolin de Saint-Yrieix. Entraremos en algunos pormenores



OPERACIONES DE TORNEO Y DE BOSQUEJO.



APLICACION DE LA PASTA EN EL MOLDE; IMPRESION DE LA PASTA EN EL MOLDE; APLICACION DE ACCESORIOS Y RETOQUES.

sobre este punto. En 1753, M. P. Hannong, fabricante de porcelana en Haguenau, que poseia el secreto de los procedimientos en la porcelana alemana, propuso á M. Boileau, director de la manufactura de porcelana en

(1) Tierra que los chinos mezclan en la fabricacion de la porcelana; especie de feldspato argiliforme de los modernos.

Francia, que aun estaba en Vincennes, la venta de los secretos de la fabricacion de una porcelana dura que se acercaba mucho á la porcelana de la China y del Japon, vino á Paris, enseñó muestras, y dió noticias que al pronto inspiraron confianza; pero pidió en cambio de su comunicacion 100,000 fr. y 12,000 fr. en renta vitalicia, condicion exagerada que hizo imposible

toda negociacion. — En 1754 se prohibió á M. Hannong que sostuviera su manufactura en Francia, y entonces se fué á Frankenthal donde murió. Su hijo mayor tampoco quiso descubrir el secreto; pero el menor, Pedro Antonio Hannong, se mostró dispuesto á reanudar las negociaciones.

Los ministros de Luis XV, principalmente M. Bertin,

quisieron orillar el negocio, y el 29 de julio de 1761 se firmó un tratado de adquisición de la porcelana dura entre Pedro Antonio Hannong y M. Boileau, director

de la manufactura real de porcelana de Francia, que ya se hallaba en Sevres. Pero en breve se reconoció que era imposible apro-

vechar las ventajas del tratado por falta de materias primeras, el caolin y el felspath; y solo en 1763, época del descubrimiento del caolin de Saint-Yrieix, se liqui-



MUSEO CERÁMICO DE LA MANUFACTURA IMPERIAL DE SEVRES.

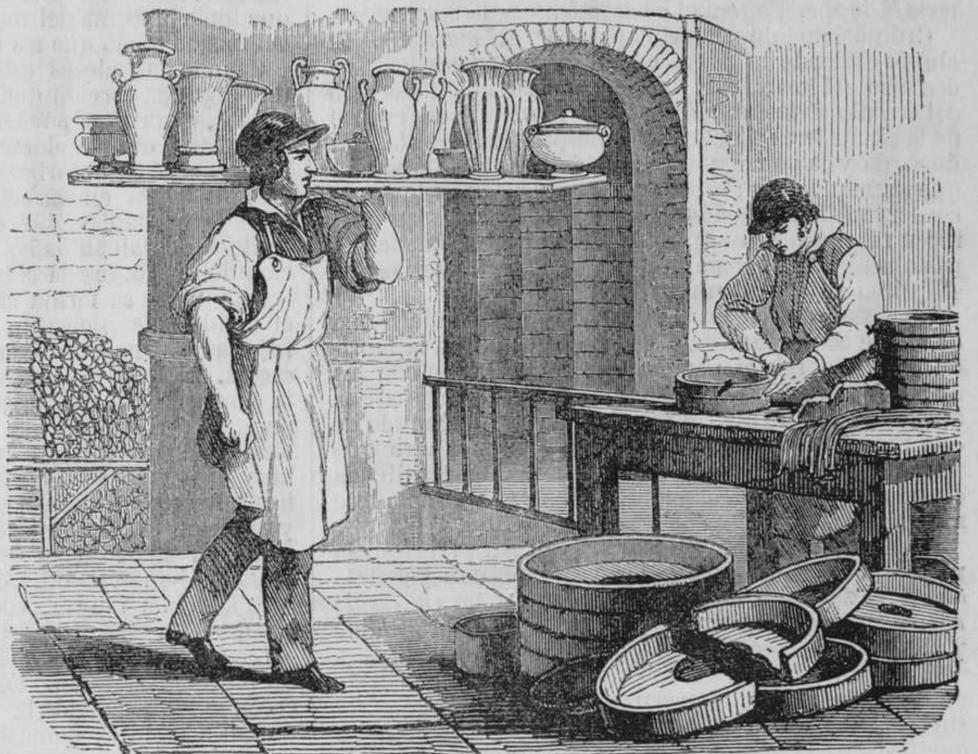
daron cuentas con M. Hannong, pagándole 4,000 fr. y una renta vitalicia de 1,200 fr.

En una Memoria leida ante la Academia de ciencias el 13 de enero de 1765, Guettard dió á conocer el

lugar en donde habia reconocido los caolines en Alençon, con los cuales hizo algunas piezas de porcelana



BAÑO, ESMALTE Y RETOQUE DE LAS PIEZAS



PREPARACION DE LOS CAZOS DONDE SE CUECEN LAS PIEZAS.

dura en el laboratorio del duque de Orleans en Bagnolet.

El descubrimiento del caolin de Saint-Yrieix, mas hermoso y abundante que el otro, data tambien de la misma época. — Mme Darnet, mujer de un cirujano pobre de Saint-Yrieix, observó en un barranco en las cercanías de esa aldea una materia blanca y aceitosa.

que creyó adecuada para lavar la ropa; la enseñó á su marido, quien tuvo sospechas de que aquella tierra podía servir para otra cosa, y para aclarar una duda que un hombre sin instruccion no habria tenido, corrió á Burdeos á enseñársela á un farmacéutico llamado Villari.

Este, que sin duda habia oido hablar de lo mucho que

se trabajaba en Francia para descubrir la tierra de porcelana llamada caolin, creyó reconocer en aquella materia la que se estaba buscando. Y efectivamente así era; el químico Macquer lo demostró inmediatamente. El descubrimiento estaba hecho.

Gracias á él se estableció muy luego en Sevres la fabricacion de la porcelana dura por Macquer, y este

químico leyó en 1769 una Memoria á la Academia de ciencias presentando piezas que acababa de fabricar; en esa Memoria describía los caracteres y cualidades de la porcelana dura, pero sin dar á conocer aun los procedimientos empleados en la fabricacion.

En 1774 se trabajaba mucho, y en esa época se construyó el primer horno vertical, adoptado hoy en Francia y en Alemania.

Tal es la historia de la Manufactura de Sevres, como la da M. Brongniart en su *Tratado de las Artes cerámicas*.

Las materias que entran en la composicion de las pastas de porcelana de Sevres son las siguientes: las arcillas procedentes del lavado de los caolines de Saint-Yrieix (Haute-Vienne), las arenas procedentes de los mismos caolines, la creta de Bougival y las arenas de Aumont, cerca de Chantilly.

Los caolines en bruto como llegan de Saint-Yrieix, deben limpiarse por medio del lavado de la arena felspática y fusible que contienen. Los echan en una cuba llena de agua, los menean y esperan algunos instantes para que se pose la arena mas gruesa, y luego pasan la parte clara por un cedazo de crin, á fin de separar los desperdicios. La arcilla lavada así se echa á posar en grandes cubos. Puede entrar inmediatamente en la composicion de la pasta, y ella constituye la parte infusible de esa pasta.

La parte fusible, que es la que suministra á la pasta la transparencia que la caracteriza, la da la arena felspática que se saca por el lavado del caolin bruto; esta arena se machaca en molinos que llaman *tournants*, los cuales la dan la tenuidad conveniente.

Forman estos molinos dos ruedas de hierro colocadas horizontalmente; la rueda inferior está fija, la superior es móvil y gira sobre sí misma; se roza con la otra y aplasta las partes gruesas que encuentra.

Cuando la arena está bien molida con agua, la mezclan con la arcilla de caolin, con la arena de Aumont, también molida, y con la creta de Bougival en proporciones que varían según la composicion de la arena y de la arcilla de caolin que se analizan detenidamente.

Estos materiales que constituyen la pasta, se mezclan en una cuba grande, donde son meneados por una rueda de hierro con brazos y llantas impelidos por grandes piedras. Estas piedras con el roce que ejercen en el fondo de la cuba, que es muy duro, aumentan la tenuidad de todas las partes de la pasta, á la que añaden cierta cantidad de agua.

En ese estado, la pasta está demasiado líquida para que pueda ser empleada inmediatamente; por medio de una llave que se encuentra en la parte inferior de la cuba la hacen correr para que se afiance.

Este afianzamiento de la pasta se opera en lo que llaman *cocas*, que son unas cajas de yeso muy espeso y muy duro; el yeso absorbe prontamente el agua con que se halla en contacto y se la quita á la pasta, esta se encoge con esa desecacion rápida, y se suelta fácilmente de las cocas.

Se afianza mas aun siendo sometida á una presión fuerte; la meten en sacos de lienzo que dejan escurrir para que una parte del agua pueda correr sola, y luego la colocan por capas de cuatro sacos bajo las platinas de una prensa que ponen en movimiento dos hombres.

La experiencia ha demostrado, que cuanto mas se menea la pasta mejores resultados da; y también se mejoran sus cualidades cuanto mas tiempo se conserva húmeda. Se dice que en la China la conservan cien años antes de emplearla. Así pues, es necesario someterla á lo que llaman el *amasamiento* y la *maceracion*.

Ordinariamente se principia por el *marchaje*. El obrero extiende la pasta en un círculo, y un hombre descalzo (el *marcheur*) la amasa partiendo del centro del círculo á la circunferencia y volviendo en espiral de la circunferencia al centro. Después la levanta con una pala y la pone en elipsoides de unos 25 kilogramos que llaman *bultos*; estos bultos se tornan y luego se conservan para que adquieran las cualidades que parecen resultar de su antigüedad. En Sevres se añade á la pasta nueva una buena proporcion de las materias que se quitan al tornejar un bulto.

La pasta pasa en fin á manos del que la da la forma que debe conservar; pero antes de entrar en la fabricacion ha de ser *batida*. El obrero la arrolla con sus manos y sus brazos, la reúne en pequeñas masas que arroja violentamente sobre la mesa, y estrechando de esta manera todas sus partes, hace salir el aire que puede haber entrado. La operacion está terminada cuando al romper esas pequeñas masas no se descubre ningun vacío.

Los procedimientos que se emplean para fabricar la porcelana varían según la forma, dimension y grueso de las piezas; son estos procedimientos las *vuelatas de torno*, que comprenden el *bosquejamiento* y el *moldaje* y la *coladura*.

Una gran parte de las piezas de porcelana se hace en el *torno*. Es un eje vertical que tiene en su parte superior una plataforma, sobre la cual se pone la pieza que hay que bosquejar, y en su parte inferior un disco lleno, pesado y grueso que sirve de volante, y que el obrero pone en movimiento con el pié.

El obrero pone en la cabeza del torno una masa de pasta húmeda proporcionada á la pieza que quiere hacer, moja sus manos con la pasta muy líquida que llaman *barbotina*, hace mover el torno, eleva la masa informe todavía, la baja en forma de una gruesa lenteja y la abre con dos dedos; después la levanta pellizcando entre el pulgar y los otros dedos este principio de forma que quiere dar á la pasta, la extiende

humedeciéndola con la barbotina que toma con la mano y procura que se acerque lo más posible á la forma definitiva que ha de tener. Sin embargo, la pieza se conserva tan gruesa, que es imposible reconocer qué clase de pieza es.

Cuando después de una desecacion lenta é igual la pieza está bastante seca para que pueda recortarse sin reducirse á polvo, la colocan en la plataforma del torno, de modo que su eje se combine con el del torno, y la fijan con un poco de agua que se da con pincel.

Los instrumentos cortantes empleados para terminar la pieza son muy sencillos. Primero son unas placas de acero cortante, derechas ó curvas, colocadas en la extremidad de una varilla; y luego unas hojas de acero muy delgadas; torneando se forman las molduras salientes, los filetes, etc. Por último, cuando la pieza ha recibido exactamente la forma que debe conservar y una superficie lisa, el obrero llena las pequeñas cavidades de esta superficie y quita las desigualdades con un cuchillo de cuerno.

La mayor parte de las piezas tienen ornatos, picos, asas, etc., que es preciso añadir y pegar á la pieza torneada; estos accesorios se vacían generalmente en moldes de yeso.

Este *moldaje* exige mucha destreza. La mayor parte de los accesorios son macizos; pero cuando son picos de teteras, cafeteras, etc., deben ser huecos; para esto hacen una pasta delgada que llaman *corteza*, la aplican con el dedo y la esponja en una de las conchas del molde, teniendo cuidado de unir el medio canelón que se reserva en cada una de ellas y que debe formar un canelón entero por la reunion de las dos mitades. Por este canelón derecho ó encorvado, se pasa un trapo á fin de limpiar las escorias del molde, para que la superficie quede lisa y se reúnan bien entrambas partes.

Las piezas accesorias se rematan sin tardanza á la mano. Los calados que se practican en los cestillos y en ciertas piezas de lujo que llaman *reticuladas*, se hacen también á la mano con una hoja cortante, así como las esculturas que se aplican á los bustos, estatuillas, etc.; esta operacion exige mucha destreza y mucha inteligencia.

Para reunir estos accesorios á las piezas que deben adornar, los ajustan á ellas y hacen en los dos espacios que deben pegarse unas rayas cruzadas, que ponen rugosas ambas superficies; toman con una paleta un poco de barbotina, extienden una capa delgada sobre la superficie de aplicacion, y pegan prontamente la pieza. La barbotina basta para pegar sólidamente aun antes de la coccion un accesorio húmedo sobre una pieza húmeda; pero cuando ambas piezas están secas, como absorben el agua con rapidez, la barbotina se secaría antes de que las dos superficies se hallaran en contacto; para evitar esta absorcion, mojan con agua de goma las dos superficies que se han de reunir, así como también la barbotina.

Ya hemos hablado del trabajo de moldajes y de vueltas de torno, y ahora diremos dos palabras sobre un tercer procedimiento que se aplica á varias piezas, como placas, tubos, columnas, etc. Este procedimiento está basado en la propiedad que tiene el yeso seco de absorber el agua con que se halla en contacto; la pasta se lleva al estado de barbotina después de colada, y luego se vacían en moldes en dos ó varias partes reunidas por una *chapa* según la forma de la pieza sometida al moldaje; al cabo de algunos instantes se trasvasa el excedente de barbotina, y el molde queda untado interiormente con una capa de pasta seca y resistente que toma la forma del molde. Luego la pieza se remata del mismo modo que las otras.

Cuando las piezas están bien secas, las someten á una segunda coccion que tiene por objeto hacerlas más sólidas, para que puedan ser mojadas en el agua sin deformarse ni ablandarse, aunque han de quedar con la propiedad de absorber cierta cantidad de agua cuando las pongan en contacto con este líquido. Las porcelanas pueden recibir entonces la capa de materia fusible que llaman *baño*, y que fundiéndose con la accion del fuego, las da el brillo que las distingue.

Este baño se forma con un pedernal conocido con el nombre de *pegmatita*; esa misma piedra alterada bajo la influencia de diversos agentes, se transforma en caolin, la materia que constituye, como hemos dicho, la parte infusible de la porcelana. La pegmatita compuesta de feldspato y de cuarzo, y hecha friable por una calcinacion á un calor incandescente, se muele muy fina y se echa en agua. Se menea el agua para impedir que la cubierta se precipite al fondo del cubo, y se añade vinagre que se opone á su precipitacion.

En esa agua turbia se meten todas las piezas que hay que bañar. El obrero mete la pieza con una mano y la saca con la otra, como se ve en uno de nuestros dibujos.

Cuando sale la pieza, la toman las mujeres, y con un pincel añaden baño en los puntos donde falta, como en aquellos por donde la tenía el obrero para mojarla; quitan donde hay demasiado, y con un fieltro limpian el que se encuentra bajo los piés de los platos, tazas, etc. Además, la pieza ha tomado una gran cantidad de agua que debe perder mediante una desecacion lenta é igual.

Cuando la pieza está seca, es preciso cocerla, y se necesitan muchas precauciones para hacerla conservar su blancura, su superficie lisa y sus contornos bien delineados. Para protegerla de la accion de las cenizas, del humo y de las llamas, la meten en un *cacillo* de hierro: estos cacillos se colocan unos sobre otros separados por una tierra blanda que intercepta toda co-

municacion entre los productos de la combustion y el interior de los cacillos; en el fondo de estos hay una capa de arena un poco arcillosa para que la pieza no quede pegada.

Para impedir que las piezas se deformen, las sostienen con apoyos de formas varias; deben ser de porcelana no cocida, para seguir la disminucion que debe tomar la pieza, que es por lo comun un décimo de sus dimensiones primitivas. Estos apoyos exigen un trabajo que aumenta mucho el precio de la porcelana.

El horno en que se cuece la porcelana es cilíndrico y vertical, y su capacidad interior se halla dividida en compartimientos con bovedillas agujereadas para que pase la llama. Los fogones son cuatro, y se des-tacan sobre la circunferencia del horno.

En el compartimiento superior se ponen las piezas de porcelana antes de haber tomado el baño; aquí reciben la temperatura incandescente que facilita la operacion del baño.

En el compartimiento inferior se colocan las piezas que se deben cocer, que tengan ó no el baño.

La porcelana cocida sin baño tiene el nombre de *bis-sour*. Las pilas de cacillos se colocan verticalmente y á iguales distancias, para que el calor penetre de un modo uniforme por todas las partes del horno.

Cuando está lleno el horno, cierran la puerta con ladrillos y prenden el fuego, que dura encendido treinta y seis horas sin interrupcion. Hacia el fin de este tiempo hay que examinar la marcha del fuego; con este fin se han reservado en las paredes circulares del horno unas aberturas por las cuales se puede ver la incandescencia de todos los cacillos, y sacan lo que llaman *muestras*; son fragmentos de platos compuestos de la misma pasta que todas las piezas que están en el horno y cubiertos con el mismo baño. Los colocan de antemano en ciertos sitios, y los sacan de hora en hora hasta el fin de la coccion, á fin de ver si se cuecen todas las piezas por igual. Cuando indican por el brillo del baño una coccion completa, es decir, una temperatura de unos 1,600 grados centígrados, se para el fuego y se cierran todas las aberturas para que el horno se enfrie con lentitud; tarda ordinariamente cuatro dias. Al cabo de este tiempo abren la puerta, entran en el horno, deshacen las pilas de cacillos, y sacan las piezas que contienen.

Ahora están terminadas las piezas. Pero falta *adornarlas*, sea con aplicaciones de color, sea con aplicaciones de ornatos de oro, platina, etc.

Los colores pueden dividirse en tres clases, según la temperatura á que deben cocer. Los colores de *grand feu*, los de *demi-grand feu* y los colores llamados de *mouffes* cuecen á la misma temperatura que las piezas en blanco; son colores duros, brillantes y muy lisos, pero su número es escaso; el más hermoso es el azul de cobalto. Muelen este color que se hace con una mezcla de baño y de óxido de cobalto fundido previamente; le mezclan con una esencia aceitosa, y le extienden con pincel sobre la pieza blanca y glaseada que se quiere adornar, dando una ó varias capas según la intensidad del tono que se desea obtener.

Esos colores que llaman de *demi-grand feu* ó de *mouffes dures*, cuecen á una temperatura inferior á la que se necesita para fijar los colores de *grand feu*; son más numerosos que estos últimos y pueden recibir dorados; en Sevres solo se emplean para los fondos.

Por último, hay los colores que llaman de *mouffes tendres*; con estos que se cuecen á una temperatura bastante baja, inferior á la de la fusion de la plata, se hacen todas las pinturas que se admiran en los almacenes de la manufactura de Sevres. Los azules se sacan del cobalto; los verdes del óxido de cromo; los encarnados de tonos variados por el óxido de hierro; los amarillos, del óxido de antimonio; los grises y los negros de mezclas de óxido de cobalto y de óxido de hierro; por último, el carmin, púrpura y violado, del oro en el estado conocido de los químicos con el nombre de púrpura de Casio; todos estos óxidos se añaden á una materia fusible que llaman *fundiente*. Estos colores se mezclan hasta quedar reducidos á polvo impalpable, se mezclan con esencia de trementina y un poco de esencia aceitosa y se aplican con pinceles.

El pintor los emplea como los colores á la aguada; sin embargo, es preciso que la experiencia le haya enseñado cuáles de estos colores pueden mezclarse, y las modificaciones que debe determinar en ellos la coccion.

Los adornos dorados se hacen á la mano ó por impresion. En todo caso, el oro se reduce á un estado infinito de division mediante una preparacion química y luego con una molienda esmerada; se mezcla con una corta cantidad de fundiente molido con esencia; antes de la coccion tiene un color oscuro; cocido toma brillo, pero queda mate, y solo con el bruñido, es decir, con el frote con un cuerpo duro (ágata ó hematita), adquiere el lustre metálico que debe tener el dorado.

Los colores y adornos de oro deben fijarse por una union especial; se encierran las piezas pintadas ó doradas bien secas en una especie de cazo de tierra que las protege de la accion de las llamas y del humo; esto es lo que llaman una *mouffe*; cuando la *mouffe* está llena, la cierran con tierra y tapien la puerta del hornillo, que rodea la *mouffe* por todas partes. Prenden fuego en el fogon, y la llama que circula en torno de las piezas sin tocarlas, las pone á la temperatura determinada. Por unas aberturas se examinan los progresos del fuego, á fin de suspenderle á su debido tiempo; también aquí hay *muestras* que se van sacando para juzgar del efecto de la lumbre en los colores.

Cuando la *mouffe* está cocida, paran el fuego, de-an

enfriar y sacan las piezas. Despues de esta primera coccion, las pinturas suelen necesitar retoque, el pintor se encarga de esta operacion que exige otra coccion, la cual se da á una temperatura menos elevada que la primera. Si el artista no se halla satisfecho aun, retoca su pintura y la pieza debe someterse otra vez al fuego.

Tales son los variados procedimientos á cuyo beneficio se hacen y se adornan esas piezas tan diversas en formas, dimensiones y colores que produce la famosa manufactura de Sevres.

El establecimiento posee una magnífica coleccion tecnológica fundada por M. Brongniart y que comprende todas las producciones cerámicas; en ella se ven representadas todas las fabricaciones, desde la alfarería mas comun, hasta las porcelanas mas preciosas del Japon y de la China, y sirve para estudiar el origen del arte del alfarero partiendo de sus obras mas toscas, hasta llegar á sus producciones mas grandes y perfectas.

LA FERIA DE LAS VANIDADES.

POR W. THACKERAY.

(Continuacion.)

— Este es para mí, dijo Rawdon; me prometo dar un buen halazo al dueño de este papel.

Y disfrutaba de un júbilo interior al pensar en la satisfaccion que tendria cuando pusiera aquel billete á guisa de taco sobre la bala con que queria matar á lord Steyne.

En seguida los dos hermanos se estrecharon la mano nuevamente, y luego se separaron.

Lady Jane habia sabido que el coronel estaba en el despacho de su marido, y esperaba con ansiedad el momento de ponerse al corriente de lo que pasaba. Entreabriendo la puerta del comedor, pudo distinguir á los dos hermanos saliendo del gabinete.

Entonces se adelantó, alargó su mano á Rawdon y le dijo que celebraba viniera á almorzar con ellos; bien que en su rostro trastornado y en las sombrías miradas de su marido pudiese conocer que ellos dos no habian hablado de almuerzo.

Rawdon se excusó diciendo que tenia que ir á otra parte, y estrechó tímidamente la mano de lady Jane, que le clavó una mirada compasiva, conociendo que era víctima de alguna desgracia.

Pero Rawdon nada dijo, y sir Pitt no entró con ella en ninguna explicacion.

Al salir de Great-Gaunt-Street, siempre en el mismo estado de agitacion, Rawdon se dirigió hácia Gaunt-House y llamó fuertemente á la puerta; á sus golpes redoblados salió una especie de Sileno de rostro rubicundo y con chaqueta encarnada galoneada de plata, que hacia las veces de portero.

Este hombre espantado al ver el desórden que reinaba en el traje del coronel, le cerró el paso como si temiera sus intenciones de forzar la entrada; pero el coronel le presentó una de sus tarjetas y le mandó que la entregara á lord Steyne diciéndole que esperaria de la una en adelante en Regent-Club, no en su casa.

El portero abrió los ojos con sorpresa para mirar al coronel como se marchaba, y todos los que pasaban por la calle le examinaban con igual asombro.

Rawdon se fué á buscar á su amigo y compañero el capitán Macnundo, á quien tuvo la suerte de hallar en su cuartel.

El capitán Macnundo era un antiguo oficial que habia tenido su parte de gloria en la batalla de Waterloo; en el regimiento le querian mucho, y solo la escasez de su fortuna le habia impedido alcanzar los grados superiores.

Cuando Rawdon abrió la puerta, halló al oficial en la cama. Al anunciarle que exigia de él un servicio de amigo, no necesitó dar mas explicaciones para que comprendiera el capitán cuál era el asunto de que se trataba.

— ¿Y por qué causa, amigo mio? le preguntó su antiguo compañero; ¿es por alguna disputa de juego como aquella del oficial Marker?

— Se trata de... mi mujer, respondió Crawley bajando los ojos y poniéndose encarnado.

— Siempre he pensado que acabaria por ahí; repuso el capitán.

Efectivamente, en el regimiento y en los clubs se habian hecho varias apuestas sobre la suerte probable que le estaba reservada al capitán Crawley.

Estas suposiciones eran una consecuencia natural de la ligereza que ostentaba mistress Crawley en su conducta; pero al notar la sombría mirada con que Rawdon acogió esta observacion, Macnundo comprendió que no debia insistir mas en el asunto.

— ¿No habria medio de arreglarlo? preguntó el capitán con tono grave. ¿Son sospechas nada mas ó teneis cartas? ¿No podria quedar en secreto?... En tales casos lo mejor es no hacer ruido...

— Para personas como nosotros, dijo Rawdon, no hay mas que un modo de arreglar estas cosas. Hicieron que me metieran en la cárcel; yo me escapé y los hallé solos en mi casa... Le llamé cobarde y mentiroso; y luego le tiré rodando por el suelo.

— Eso es lo que merecia, respondió Macnundo; pero aun no me habeis dicho su nombre.

— Lord Steyne.

— ¡Diablo!... ¡un marqués!... sin embargo decian...

— ¿Qué decian? gritó Rawdon; ¿habeis oido hablar mal de mi mujer, y no me habeis dicho nada?

— Hay personas de lengua viperina, amigo mio; ¿para qué os habia de repetir cosas insensatas?

— Habeis faltado á vuestros deberes de la amistad, repuso Rawdon.

Y no pudiendo contener su emocion, se cubrió el rostro con las manos y dió riendo suelta al dolor que le ahogaba.

Este espectáculo enterneció profundamente á su compañero.

— Valor, amigo mio, le dijo; recibirá un halazo y se acabó. Por lo que hace á vuestra mujer... ¿qué queis?... siempre es la misma historia.

— ¡Ah! No sabeis cuánto la amaba yo, dijo Rawdon con voz sorda. La seguia como un perro fiel; la daba cuanto tenia; me condené á la indigencia por casarme con ella; vendí hasta mi reló por satisfacer todos sus caprichos. Y entre tanto ella guardaba dinero y me negó doscientas libras para sacarme de la cárcel.

Y entonces contó á Macnundo, en lenguaje digno aunque confuso, todos los pormenores de esta historia.

Macnundo se hallaba atónito con aquella agitacion extraordinaria que trataba de calmar por medio de sus reflexiones.

— Quizá está inocente, decia el capitán; ella lo afirma... No es la primera vez que se encontraba sola en su casa con lord Steyne.

— Sin duda, respondió Rawdon con acento triste; pero hé aquí un papel que la acusa.

Y mostraba al capitán el billete de mil libras que habia hallado en la cartera de Rebeca.

— Esto le ha dado él, continuó, y no me ha dicho nada; y se hallaba en posesion de este dinero cuando se negó á sacarme de la cárcel.

El capitán tuvo que convenir en que eso era un misterio.

Acto continuo escribieron entre los dos una carta á lord Steyne.

En ella le decian que el capitán Macnundo, en nombre del coronel Crawley, tenia el honor de ponerse á las órdenes del marqués de Steyne, y le anunciaba que habia recibido plenos poderes para estipular las condiciones del combate, que su Señoría sin duda alguna deseaba tanto como el coronel en atencion al modo como habian pasado las cosas.

El capitán Macnundo añadia que suplicaba á lord Steyne designara una persona que se entendiera con él, y concluía manifestando el deseo de que el desafío tuviera lugar lo mas pronto posible.

En postdata decia que tenia en su poder un billete de un valor considerable, que el coronel Crawley pensaba con fundadas razones le pertenecia, y queria entregárselo.

Mientras se elaboraba esta carta, el criado del capitán habia ido á casa de Rawdon con encargo de traerle alguna ropa; poco tiempo despues se hallaba de vuelta diciendo que no le habian querido dar nada.

— Nada absolutamente he podido arrancar, dijo el criado; todo está allí revuelto; el casero quiere llevarse cuanto hay para su garantia, los criados beben vino en el salon y dicen... dicen, coronel, que os habeis marchado con la plata... Un criado, excitado por la bebida, grita que no saldrá de la casa sin que le hayan pagado sus salarios...

Esta insurreccion doméstica sorprendió á Rawdon y le distrajo un poco en medio de sus graves preocupaciones.

Pero un instante despues se cubrió el rostro con las dos manos, y las lágrimas que caian por sus mejillas trazaban en ellas un surco brillante.

Macnundo, enternecido con las desgracias de su amigo, se apresuró á despachar al criado.

— Baja, y que nos preparen el almuerzo, le dijo; luego dareis al coronel los vestidos que le hagan falta; siempre hemos tenido el mismo cuerpo.

Como la contienda era con un lord, el capitán Macnundo se vistió cuidadosamente. Los oficiales jóvenes, al verle en el almuerzo de toda gala, le felicitaron y le preguntaron si se iba á casar, y si era su padrino el coronel Crawley.

LII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

Rebeca no habia vuelto aun del estupor y del abatimiento en que la habian sumergido los sucesos de la noche anterior, cuando ya las campanas de las iglesias próximas anunciaban el servicio matutino; entonces saliendo con trabajo de su cama, llamó á la doncella francesa que hemos visto en su compañía algunas horas antes.

Pero en vano agitó la campanilla; nadie respondió á su llamamiento; la doncella hacia horas que no estaba en la casa. Despues de haber recogido todas las joyas que cubrian el suelo del salon, la doncella habia subido á su cuarto, habia arreglado su maleta, y habia salido de aquella casa, donde habia conocido que nada habia ya que hacer, sin decir una palabra á nadie.

Indignada mistress Crawley al ver que sus criados no respondian, y oyendo al mismo tiempo un gran tumulto en el piso inferior, se envolvió en su bata, y con paso majestuoso se fué hácia el salon de donde partía el ruido.

La cocinera con el rostro negro por el humo de sus hornillos se habia instalado en un magnífico sofá al

lado de mistress Raggles, la mujer del casero, á quien servia copas de marrasquino.

El groom que llevaba las cartitas de Rebeca y saltaba á la trasera de su coche con tanta ligereza, comia natillas con los dedos, en tanto que el lacayo conversaba con Raggles, cuyo rostro manifestaba el dolor mas profundo.

Aunque la puerta estaba abierta de par en par y Rebeca gritaba á poca distancia, nadie la respondia.

— Vamos, mistress Raggles, otra gotita, decia la cocinera en el momento en que Rebeca entraba en el aposento con su bata blanca de cachemira.

— ¡Simpson! ¡Trotter! gritaba Rebeca en el colmo del furor, ¿estais ahí con los brazos cruzados mientras os llamo yo? ¿Teneis la impudencia de sentaros delante de mí en mi sofá? ¿Dónde está la doncella?

Asustado con estas palabras el groom, se sacó los dedos de la boca, pero la cocinera tomando la copa de marrasquino porque mistress Raggles decia que no queria mas, se la bebió lanzando á Rebeca miradas provocativas por encima de los bordes dorados de la copa.

— ¡Vuestro sofá! exclamó indignada la cocinera; decid el sofá de mistress Raggles; no os incomodeis, mistres Raggles, estaos quieta... Si yo quisiera estar sentada aquí hasta que me pagaran mis salarios, mucho tiempo esperaria...

Y se echó otra copa que bebió haciendo un gesto insolente é irónico.

— ¡Trotter! ¡Simpson! arrojad á la calle á esa borracha, aullaba mistress Crawley.

— Hacedlo vos, si gustais, respondió Trotter, el lacayo; pagadnos lo que nos debeis, y no estaremos un minuto mas en vuestra casa.

— Pero ¿creeis que estais aquí para insultarme? exclamaba Rebeca furiosa; cuando vuelva el coronel le diré...

Esta amenaza lejos de asustar á los criados, no hizo mas que provocar en ellos una risa unánime.

Sin embargo, Raggles no se echó á reir, tan absorto estaba en sus tristes preocupaciones.

— No volverá, repuso Trotter, ha enviado á buscar su ropa, pero yo nada he querido dar aunque lo permitia M. Raggles. Tan coronel es él como yo; buena pareja se habia reunido para estafar al género humano.

En el aire de Trotter y en su pronunciacion empastada se conocia que habia pedido á la botella su valor y sus inspiraciones.

— M. Raggles, dijo entonces Rebeca en el colmo de la desesperacion, ¿me dejareis insultar así por ese borracho?

— ¡Ay! señora, decia Raggles, mucho tiempo habria podido vivir sin creer que fuese posible semejante desgracia. Conozco á la familia Crawley desde que he nacido. Treinta años he estado de mayordomo en casa de miss Crawley, y nunca habria creído que uno de los miembros de esta familia me dejaria á pedir limosna.

Y el pobre diablo al decir esto, tenia los ojos llenos de lágrimas.

— ¿Podeis darme siquiera un chelin por todo lo que me debeis? Hace cuatro años que vivís en mi casa; yo os he pagado los gastos de mesa; solo de leche y manteca me debis doscientas libras...

Y el buen Raggles continuó enumerando las deudas.

Decia la verdad; Rebeca y su marido le habian arruinado, tenia que satisfacer unos pagarés en la semana entrante y se hallaba sin dinero; le iban á declarar en quiebra, le iban á arrojar de la tienda y de su casa porque habia tenido la debilidad de confiar en la palabra de un Crawley.

Sus lágrimas y gemidos no hicieron mas que aumentar la arrogancia de Rebeca.

— Esto es una conspiracion contra mi persona, exclamaba; ¿qué pretendéis? Si no os pago hoy, venid mañana, y quedareis satisfechos. Creí que el coronel habia arreglado vuestras cuentas, pero podeis estar seguros de que lo hará mañana. Os declaro, por mi honor, que se ha marchado hace pocas horas con mil quinientas libras en el bolsillo, sin dejarme nada. Id á pedirle á él. Dadme mi sombrero y mi pañuelo, voy á buscarle; hemos tenido una disputa esta mañana, pero nada tiene eso que ver con vuestras cuentas; os juro que sereis pagados.

(Se continuará.)

El Ranelagh.

La villa de Paris acaba de comprar este antiguo y famoso establecimiento que va á ser demolido próximamente, para realizar por el lado que ocupa los embellimientos proyectados en el bosque de Boulogne. Con este motivo parécenos oportuno consignar aquí algunas líneas á la historia del Ranelagh, conocido por todos los viajeros del universo que han visitado Paris, ilustrada con su dibujo correspondiente.

Hace mas de cien años habia a la entrada del bosque de Boulogne hácia el palacio de la Muette, una hermosa pradera donde se daban las fiestas campestras de Passy. En tiempo de Luis XV, un guarda bosque llamado Morisan, obtuvo del mariscal príncipe de Soubise, gobernador de la Muette, el permiso de cercar el lugar destinado al baile en esa pradera, y de construir en él un café, una fonda y un teatro.

Morisan puso manos á la obra, las construcciones se elevaron rápidamente, se plantaron los jardines, y el

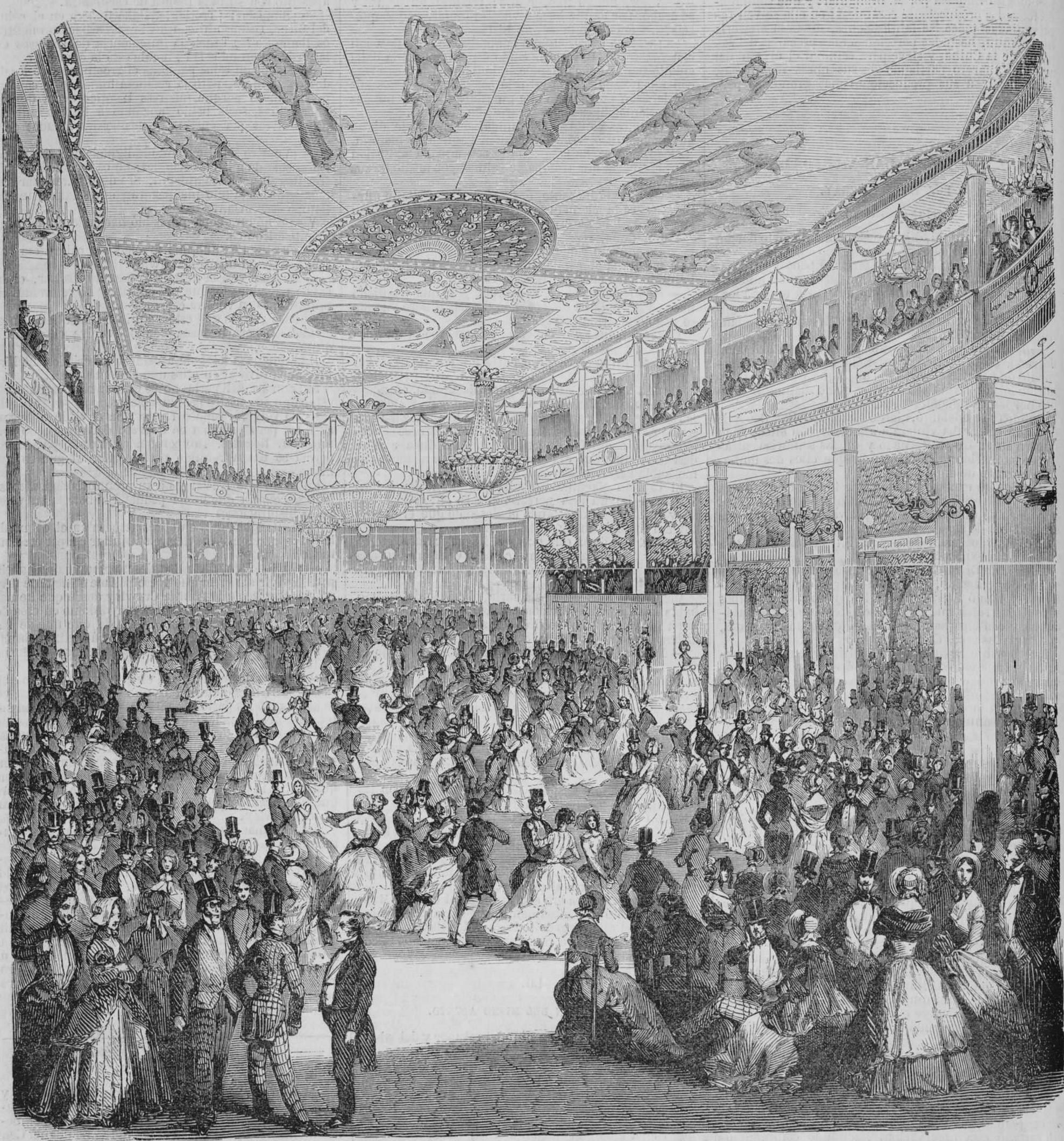
23 de julio de 1774 se inauguró el establecimiento con el nombre de *Petit-Ranelagh*.

Este nombre de Ranelagh se hallaba entonces á la moda. Lord Ranelagh, par de Inglaterra y muy apasionado por la música, habia hecho construir en sus vastos jardines á las orillas del Támesis (en Chelsea, cerca de Londres), un edificio magnífico en forma de rotonda, donde daba conciertos. A la muerte de este señor, una compañía compró esa rotonda y sus dependencias para establecer allí un café y dar conciertos y bailes. El éxito

fué prodigioso; no se hablaba en Londres sino del Ranelagh, y su fama atravesando la Mancha vino á excitar la envidia de la elegancia francesa. Así, Morisan tuvo un buen pensamiento bautizando su establecimiento con el mismo nombre; para lisonjear á la angomanía reinante, plantó detrás de su rotonda un jardín inglés, que mereció ser cantado por los poetas.

El rey confirmó el privilegio de Morisan en 1779, y acabó de poner á la moda las fiestas campestres de Ranelagh la residencia de la reina en la Muette durante

el estío de 1780. La misma reina se presentó en los bailes, en los que solo tenían entrada personas distinguidas. Cuando no se bailaba, el Ranelagh era un paseo muy frecuentado. El salon de baile se trasformaba en teatro muchas veces. Esta prosperidad duró hasta la revolucion; pero cuando se dispersó la sociedad aristocrática, los directores vieron que no sacaban los gastos con los bailes de los domingos, y hubieron de cerrarlos, y aun tuvieron que destruir parte del establecimiento para pagar las deudas que habian contraído.



VISTA INTERIOR DEL RANELAGH.

En tiempo del Directorio, cuando comenzó á reinar la paz interior, Morisan y sus socios reconstruyeron el establecimiento, que volvió á ponerse á la moda. Sin embargo, debia experimentar aun algunas vicisitudes.

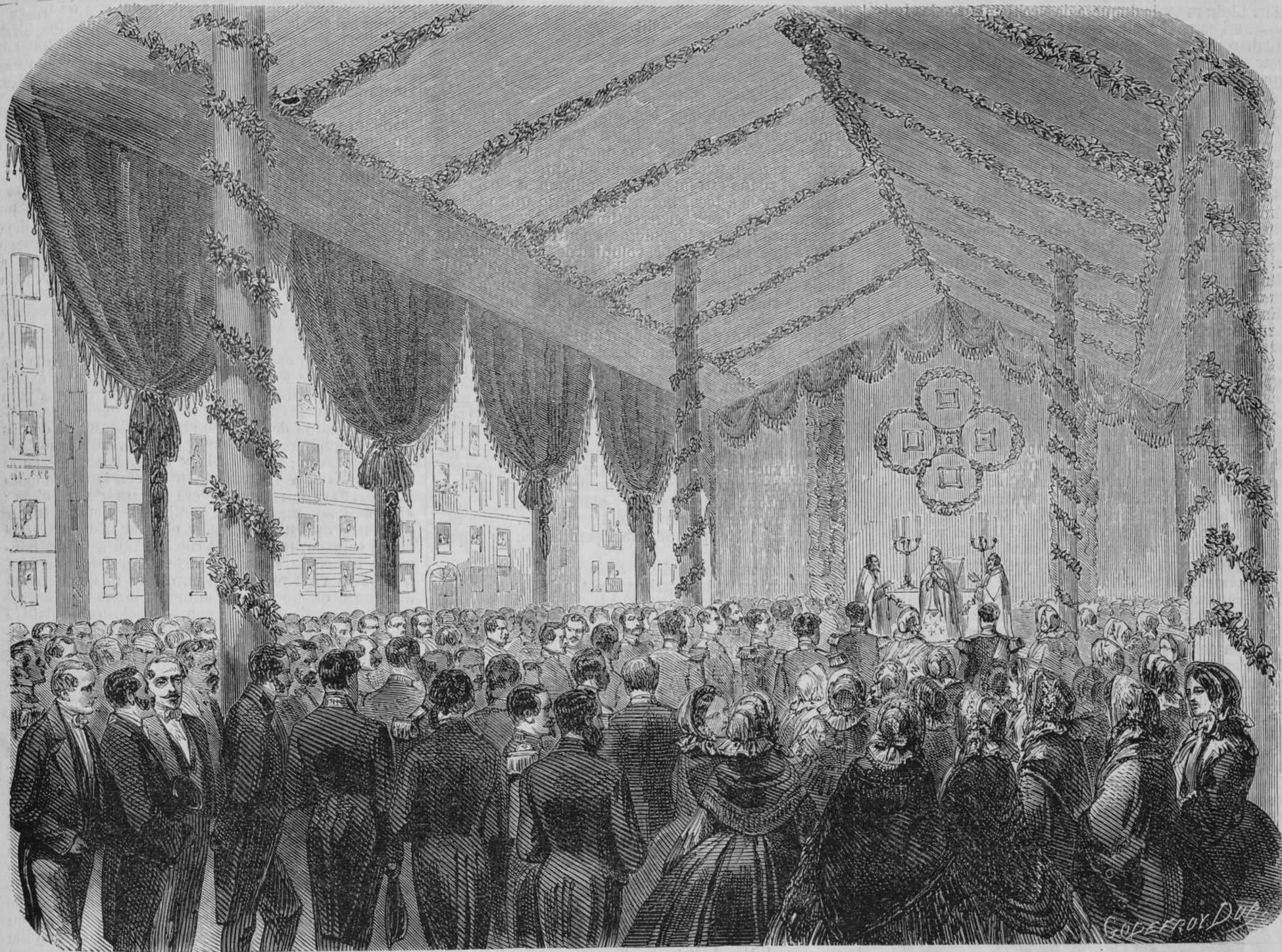
El imperio tocaba á su fin; los descalabros de Napoleón trajeron al enemigo al territorio francés, y dos veces los aliados establecieron su campamento en el bosque de Boulogne. En las salas del Ranelagh pusieron los aliados sus caballerizas; y luego cuando volvieron en 1815, las trasformaron en hospital. Degradado y

devastado de esa manera, el establecimiento sufrió un huracán espantoso que destruyó toda la techumbre y la convirtió en parte en un monton de ruinas.

Morisan habia muerto; su viuda, que habia experimentado tantas desgracias, enagenó una parte de lo que quedaba, y solo conservó el ala izquierda, donde se encontraban el café y la sala de baile. Con el producto de la venta se reparó el establecimiento. El interés que los infortunios tan poco merecidos de la familia Morisan inspiraban á todo el mundo, contribuyó á levantar la boga del Ranelagh. Los parisienses volvieron á

frecuentarle, y entonces comenzó su último periodo de apogeo. El director embelleció la sala que hasta hace pocos años fué el punto de reunion de la elegancia parisiense.

Poco á poco sin embargo, el Ranelagh perdió su imperio sobre la moda, y la creacion del Pré Catelan en otro punto del bosque de Boulogne aceleró su decadencia. En estos últimos años era una empresa ruinosa. De este modo su desaparicion no dejará un vacío muy notable en el cuadro de las diversiones parisienses.



COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA DE UNA IGLESIA GRECO-RUSA EN NIZA, POR EL GRAN DUQUE CONSTANTINO, EL 14 DE DICIEMBRE DE 1858.

Episodios del viaje del gran duque Constantino de Rusia.

El día 14 de diciembre de 1858 el gran duque Constantino asistió en Niza á la ceremonia de la colocacion de la primera piedra de una iglesia greco-rusa. Los adornos de la ceremonia se habian formado graciosamente con andamios cubiertos de velas de buques y con colgaduras; las columnas y los techos estaban guarnecidos con plantas y ricas guirnaldas de flores frescas, de misales con hermosas encuadernaciones, de

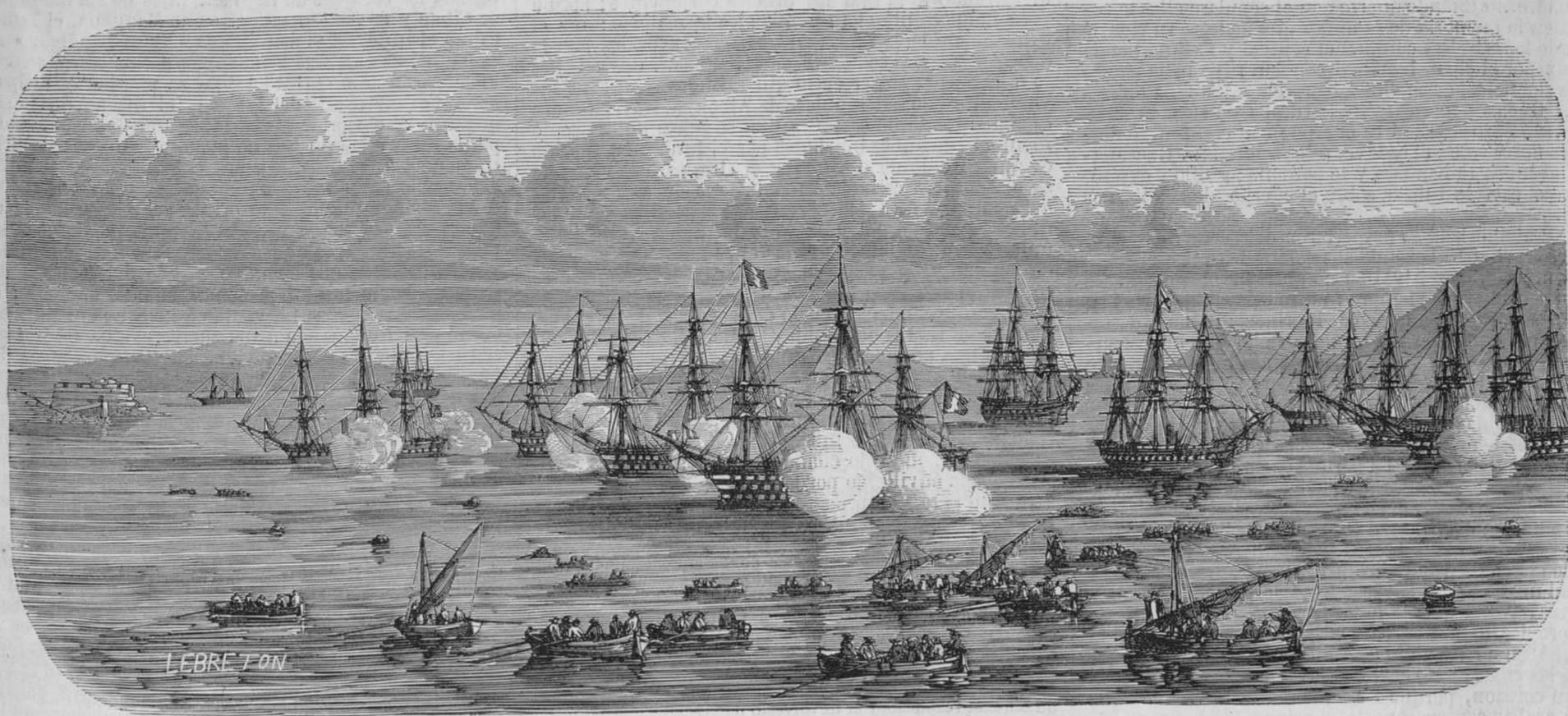
cuadritos con detalles esculpidos y dorados, y de madonas bizantinas.

El lado Norte estaba descubierto de modo que los numerosos espectadores podian ver desde las casas próximas lo que pasaba en el interior. Una compañía de marineros, destacada de la escuadra de Villafranca, formaba la carrera y cerraba el paso por ese lado; el recinto de la iglesia estaba lleno de personas convidadas.

El gran duque Constantino vestido de general se hallaba colocado á la derecha, teniendo á su lado á la

princesa Alejandra su esposa, y á la gran duquesa Catalina, y el duque de Mecklemburgo; seguian los generales y altos funcionarios rusos, con las autoridades civiles y militares de Niza.

Despues de un discurso en lengua rusa, comenzaron las oraciones acompañadas por los cánticos de los marineros rusos, cuyas voces eran notables por su armoniosa precision. El gran duque tomó entonces la jaleta y el barro, en tanto que, para consumir la ceremonia, la gran duquesa recibia el martillo de manos de su marido, y pegaba con él en la piedra colocada detrás del



ENTRADA DE LA FLOTLA DEL GRAN DUQUE CONSTANTINO EN LA RADA DE TOLON.

altar. El duque y la duquesa de Mecklemburgo los imitaron, así como los personajes de ambos sexos que se hallaban presentes. SS. AA. II. se retiraron después de besar las reliquias y después de la distribución del agua bendita.

Al siguiente día de esta ceremonia, la escuadrilla rusa pasó á Tolon, donde fué recibida con todos los honores debidos á un gran almirante. El tiempo estaba hermoso, y el cuadro que presentaban la escuadra francesa y la escuadrilla rusa haciendo salvas de artillería, era magnífico.

La escuadrilla, que se halla á las inmediatas órdenes del príncipe Constantino, se compone de seis buques, todos de vapor: un navío de línea, cuyo nombre es *Ratwizan*, el cual recuerda el buque de este mismo nombre cogido por los rusos á los suecos en tiempo de Catalina II: las fragatas *Polkan* y *Gromovoy*; las corbetas *Bayan* y *Medwed*, y el vapor *Rurik*.

En esta escuadrilla se halla embarcada la gran duquesa su mujer y su hijo primogénito, el gran duque Nicolás, de edad de ocho años, que han querido seguirle en su excursión, habiendo dejado sus otros tres hijos, las princesas de Vera y Olga y el príncipe Constantino al cuidado de su augusta abuela la emperatriz viuda, que habita con ellos el mismo cuarto del emperador Nicolás en el palacio de invierno.

Las personas notables que acompañan á SS. AA. II. y forman su alta servidumbre, son el conde Tchitcherina, mariscal de la corte; el conde Golownine, secretario de órdenes de S. A.; la camarera mayor, condesa Tchitcherina, y la camarista, condesa Kamarowski. Los ayudantes de campo del gran duque, Likhatchw y baron Boyer, capitán y teniente de navío; Gorkovenko, ayo del joven gran duque Nicolás, y Haduroviev, médico de cámara de SS. AA.

También se hallan á bordo varios escritores y pintores que el gran duque Constantino ha convidado á seguirle. El novelista Gregoriowitch, encargado de hacer la relación del viaje como cronista, está embarcado en el *Ratwizan*, y el poeta Maikow en el *Bayan*, sin otro encargo ni cuidado que el de buscar y recoger inspiraciones para su musa, bajo un cielo más poético que el del Neva. Hay también un fotógrafo de lo más distinguido y un pintor á la aguada de un mérito reconocido.

SS. AA. II. fueron recibidas á tierra por las autoridades, y concluidas las ceremonias de las recepciones oficiales que fueron seguidas de un gran banquete, los augustos personajes volvieron á bordo para dirigirse á Marsella adonde llegaron el 18.

De Marsella el gran duque vino á Paris, donde fué recibido por el emperador. Solo permaneció S. A. I. veinte y cuatro horas en la capital de la Francia, volviendo en seguida á Marsella para regresar á San Petersburgo. X.

LEYENDAS AMERICANAS

GUACANAJARI.

(Continuación.)

Yo fuí el suspiro de tus suspiros; mis hijos eran la luz de tus ojos; su pobre madre va á bendecirlos por última vez, míralos, Guacanajari, exclamó moribunda separando de su alrededor las verdes ramas donde descansaban ocultos aquellos dos ángeles abrumados de cansancio y entristecidos con el llanto de su desventurada madre... «Cuando duerma en el sepulcro ellos te recuerden la memoria de la mujer que idolatró tu vida, y cuando las estrellas coronen el espacio y la luna tienda su luz por el cielo, bañando con su rayo melancólico estos sepulcros, enséñales á bendecir mi infeliz memoria... tráelos á llorar sobre la tumba de su pobre madre... no enlutezcas ni tu cuerpo ni tu corazón, ni derames flores sobre el cadáver de esta infeliz... Guacanajari, al morir te bendigo y te perdono;» dijo y expiró, dejando caer la cabeza sobre el cuerpo de sus tiernos hijos.

Ellos atemorizados, despertaron del sueño: «madre, madre» gritaban besando sus labios fríos por el hielo de la muerte, pero Ainaima no abrió mas los ojos... los había cerrado para siempre: entre mis labios recogí su último suspiro; la empapé de lágrimas: la llamé desesperado para que viera el inmenso dolor que me consumía. Pero su alma había bajado á dormir en la noche de la eternidad. Sus hijos me pedían á gritos á su pobre madre; los inocentes besaban mis manos, y acariciándome para ablandar mi crueldad, me decían que tuviera de ellos compasión, y despertara á Ainaima de su profundo sueño... ¡Ay! ¿porqué cuando padece tan fieramente el alma, no ha de tener el hombre el derecho de hacer pedazos el cuerpo, para entregarse al descanso sublime de la destrucción interminable?...

Yo tuve entre mis brazos toda la noche el frío cadáver de la infeliz Ainaima... así me encontré el sol, padre del universo, así lloraron á mi alrededor los butios y los guerreros, y al caer la tarde, rodeando de flores con mis propias manos su cabeza bendecida, yo mismo la coloqué en el sepulcro sobre la piedra de los reyes; quité las cibas de mi cuello y las puse para siempre sobre su corazón, porque Dios me había presagiado que iba á acabar con su muerte el reinado de los reyes de Haití.

III.

CAONABO.

¡Mas triste que el último día del hombre, es el alma del infeliz que enlutada y lastimosa ha perdido para siempre la esperanza! ¡Ay! con esperanza, querer es poder; y el odio mismo que duerme encerrado en el corazón y se despierta agitando el entendimiento, y que en el sueño estremece el organismo, ese odio implacable y que á todas horas es el delirio único del alma, que principia por el resentimiento, y concluye por la venganza; que es ingenioso y se atreve á las acciones más inauditas, y solo la voluntad de Dios puede oponersele, es omnipotente y terrible, porque es hijo maldito de la esperanza... ¡ay de la criatura á quien ha de herir con su veneno, si sale de un alma inteligente y dominada por la constancia y el dolor!... pero á la aflicción lúgubre del desgraciado que llora, á las lágrimas del infeliz que recuerda los días dichosos, lleno de angustia, huérfano, solitario y perseguido, si tiene perdida la esperanza, no lo alivian ni las sonrisas de la alegría, ni los consuelos del olvido, ni el porvenir embriagador de la eternidad; ¡á los que lloran ¡ay! desesperados y adornecen el eterno dolor siempre en el alma, no los cura el bálsamo de la ciencia, ni los tranquiliza el sueño; para ellos no corre el tiempo que todo lo destruye; y sin poder acabar nunca, porque el dolor es una ponzoña que alimenta y alarga la vida, y solo tiene lenitivo en la oscuridad del sepulcro... y por eso yo deseaba morir, porque había perdido para siempre la esperanza!

En mi eterna inquietud me consumían los recuerdos de la extranjera y las lágrimas de Ainaima, que desde el sepulcro me llamaba; porque la voz de los que mueren se escucha en la tierra, y se vive con los muertos, y hay entre ellos y los que existen una correspondencia que entretiene dulcemente la tristeza de los que no alimentan en el alma la cruel ingratitud. Yo la nutría sin poderla arrancar de mis entrañas, sin embargo de conocer la impiedad con que me devoraba...

Cerrado el corazón para todo el universo, mis guerreros no oían mi voz; los sacerdotes no veían mi frente; tenía las vírgenes y los sabios alejados de mi palacio; los ojos se distraían solamente mirando el término vago del horizonte, y mi dolor se había acostumbrado á llevar el cuerpo á la orilla del mar, para contar allí las ondas que llegaban á la ribera: porque en cada montón de espuma veía un recuerdo y una lágrima de la mujer que había envenenado para siempre los días de mi triste vida.

Por la tarde llevaba á mis hijos á llorar al sepulcro de su madre, y luego recostaba mi cabeza sobre la piedra donde aquella infeliz dormía el sueño tranquilo de la muerte; había jurado no separarme de su cadáver hasta que el dios de mis abuelos cortase para siempre el hilo de mi existencia. Yo no podía dominar el espíritu interminable, señor de todos mis pensamientos: pero era dueño de la osamenta y de la carne en que se encerraban, y la osamenta y la carne no debían separarse de Ainaima, hasta la hora, para mi dichosa, de la destrucción...

Así pasaban los días de mi triste vida; cuando una tarde al ponerse el sol, oí á lo lejos un rumor parecido al eco confuso del trueno. Alcé los ojos buscando en el cielo la tempestad; pero el aire era apacible, las nubes de color de rosa se deslizaban con blandura por el espacio azul y trasparente: el ruido crecía así como se agranda en su furia el estrépito del torrente, que hinchado por las lluvias se precipita de las altas montañas, arrastrando á la mar los árboles corpulentos; poco á poco fué presentándose á mis ojos la realidad; era el grito de millares de guerreros, embravecidos por la desesperación y sedientos de venganza... mis cabellos se erizaron, y sin creer lo que mis ojos veían, me levanté aturdido del sepulcro de Ainaima. — La llanura estaba cubierta de caciques que se adelantaban como montones de nubes impelidas por el furor: su alarido de guerra dejó de estremecer el aire, pero el ruido de su marcha era como la armonía de las incansables olas del mar; las filas de guerreros se espesaban como las nubes en el espacio, y la luna no había llegado á la mitad del cielo, cuando ví las altas montañas erizadas de capitanes, y preparados ya para los sangrientos combates.

¿Quién profana el silencio del sepulcro de los reyes, y viene á turbar la triste y melancólica meditación de mi alma afligida? exclamé lleno de rabia; y el eco repitió mi grito... por algunos momentos todo quedó sumergido en aterrador silencio; pero de las espesas falanges se adelantó un guerrero, era Caonabo, fiero como el caiman, y sombrío como la tormenta: «Rey Guacanajari, me dijo cuando llegó á mi presencia, tu alma se ha envilecido por la ingratitud: el extranjero ha fijado para siempre su planta en la tierra de nuestros padres, y derrama en Samana (1) la sangre de

(1) Era en la isla una gran cala donde entró Colon después de haber salido del puerto de Haití: mandó en un bote algunos marineros á tierra, los cuales encontraron la playa llena de indios armados de arcos y flechas; sin embargo, desembarcaron, y habiendo cambiado con los salvajes algunos objetos, volvieron á bordo trayendo á uno de ellos, al cual agasajó el almirante baciéndole varios donativos: le preguntó si aquella era la tierra de Caraihi, enemigo de Guacanajari, pero no pudo obtener respuesta: al devolverlo á tierra, los marineros se vieron de pronto cercados de multitud de salvajes que habían permanecido ocultos detrás de las piedras y los arbustos de la

nuestros hermanos. — Se apodera del oro de los ríos, de las cibas, de nuestras mujeres, de nuestros hijos, insulta á nuestro dios y profana el recinto sagrado de las cuevas de Cazibaxagua; y entre tanto, ¿qué haces tú, débil rey? matas con pérfida ingratitud á Ainaima, mas hermosa que la estrella de la mañana, dulce como la miel de Guanani y suspiro melancólico de tus capitanes. — Has encerrado en su sepulcro las cibas de tu cuello, porque sin duda te presagiaba el corazón la ira del dios de nuestros padres; has olvidado tu religión: no vas á ofrecer sacrificios al Tzmes: los butios no ungen ya tu cabeza con el bálsamo sagrado, y el espíritu infernal de la ingratitud y del egoísmo se ha apoderado de tus entrañas. — Rey Guacanajari, ó deja la vida en el sepulcro y los butios dividirán del cuerpo tu cabeza, para que el dios la purifique, ó empuña la flecha envenenada con la ponzoña de la serpiente, para herir de muerte al enemigo y regar con su maldita sangre la sagrada piedra donde descansan los reyes y la desconsolada Ainaima. Los guerreros de Maguana, de Cibao y de Sanica han afilado sus armas, y cuando se disparen del arco, el sol no podrá pasar entre la espesa nube que formen en el aire, y sus puntas exterminadoras herirán el corazón de los extranjeros para que la patria bendiga la mano que los extermine.»

Cada palabra de Caonabo abrasaba la sangre de mis venas; la tristeza, hija del desaliento, huyó asustada de mi corazón; la soberbia y el furor estremecieron mis entrañas, y me parecía llegar con la cabeza hasta las estrellas; tan terrible era la ira de mi alma: «Impío y audaz guerrero, le dije, que vienes á turbar el silencio de los sepulcros, y el dolor afanoso y cruel de mi corazón, manchando con amarga saliva la honra de tus reyes, calla y aparta los ojos de mi frente, porque tu vista profana la pureza de mis pensamientos, y no quiero que mi enlutada memoria recuerde nunca la osadía de tu lengua. — Caciques de Haití, á quien Vagoniona desde el silencio de las cuevas de Cazibaxagua entregó á la dulce protección de mis amores, oíd la voz de vuestro tierno padre. — Yo soy el rey de los reyes, que os enseñé á cultivar la tierra, á bendecir vuestro Dios, á educar vuestros hijos, á adorar la justicia, odiando con eterno desprecio la ingratitud de los nacidos. — Yo soy quien vencí con las armas vuestros enemigos; yo el que escuché en las sombras sagradas la voz del Tzmes, y á quien consagraron los butios, colocando en mi cuello los guaninos de los reyes. — Yo soy el que purifica el fuego del altar con la verdad y la rectitud, y de quien jamás salió justicia, ni pensamiento ingrato, mentira, ni flojedad envilecedora, oíd mi voz, caciques de Haití, á quien el furor precipita en la oscura noche de la profanación.

¿Queréis que el cielo nos acuse de haber engañado al que en medio de la tempestad buscó el abrigo en nuestros hogares? ¿queréis que durmiendo tranquilo en vuestro seno, se levante herido por la venenosa sierpe de la traición infame?... Falanges interminables de valientes, vosotros que sois terribles como la tempestad, á quien ningún poder de los nacidos es capaz de oponerse, ¿iriais en porción tan innumerable á herir á un puñado de hombres, que duermen sin recelo á las orillas del mar, fiando en la palabra de amigo que les dió vuestro triste rey Guacanajari? ¿Queréis que el almirante oiga en medio de los mares el grito moribundo de sus guerreros, pidiendo venganza, y que las sombras de nuestros padres, que presiden las batallas, avergonzadas se oculten entre las negras nubes, para que no las salpique la traición con su impura mancha? ¿Queréis asediar al dormido para que se despierte cobardemente asesinado por la mano generosa de los caciques de Haití?... Hijos de las montañas de Cibao y de las espesas selvas de Maguana, el Tzmes calme el furor de vuestro corazón y os bendiga.» Al concluir mis palabras las falanges de guerreros se deshicieron en la oscuridad, como se pierden y disipan las nubes en medio del espacio; el día amaneció sin que mis ojos vieran los caciques que las conducían, para que el pensamiento no pudiera llamarlos al juicio tremendo, ni el alma acusarlos delante de la cuchilla del sacrificio y la augusta majestad de los dioses.

Al caer la tarde fui á las orillas del mar y me acerqué al recinto donde vivía el extranjero; llamé á su puerta; «Ojeda, le dije á su capitán, te juré amistad y defenderte de mis enemigos; pero tus soldados insultan mis pueblos y profanan el altar sagrado: el grito de su venganza ha venido á turbar la meditación de mi espíritu; manda á tus guerreros que no traspasen los umbrales de los caciques de Maguana y de Cibao, porque allí les espera la muerte.» Ojeda respondió á mis palabras con la sonrisa del desprecio; volví las espaldas, con el sentimiento de la piedad, que jamás faltó á mi espíritu, ni en las horas más desesperadas del martirio...

Pasaron muchos días, y á cada momento llegaba á mis oídos la queja desesperada de los hijos huérfanos, de las madres violadas, de las doncellas inocentes, á quien el impío guerrero con pérfida fuerza arrancaba de sus hogares; los sacerdotes lloraban la profanación de los templos y todos gemían esclavizados, porque el extranjero no pedía ya, arrebatada cruel y con sober-

orilla. El indio venido de á bordo, les decía á los soldados que no temieran; pero asustados del continente guerrero de los indios, desenvainaron las espadas, y descargaron las armas hiriendo á dos de los salvajes; al momento huyeron los demás dejando los arcos y flechas; fué esta la primera sangre que se derramó en América.

hía inaudita cuanto veían sus ojos avarientos. En el corazón de los caciques hervía la venganza y en el pueblo se levantaba la desesperación que por todas partes hacia horizonte: y sin que mi mano y mi justicia pudiera remediarlo, se cumplió la voluntad de Dios, que permite que todas las cosas sucedan, aunque se oponga á ellas la débil y decidida fuerza de los hombres.

Gutierrez y Escobedo, capitanes de los extranjeros, dejando las orillas del mar, cruzaron todo Haiti y después de matar un hombre de Sanica con las mujeres que habían arrebatado, y nueve guerreros defendidos con armas invencibles, invadieron las tierras del poderoso Caonabo, cacique de las minas de Cibao. Como se lanza la culebra de la yerba donde está escondida, deseosa de clavar su agudo diente, así se levantó el cacique, que oculto en los montes de Cibao espiaba los pasos del extranjero para cebar en su sangre su venganza. Mi palacio de Marien estaba lejos; hasta sus confines mi voz no llegaba, y los granos de oro de sus minas lo hacían prepotente y amado: en su furor llamó los salvajes de las gargantas del Yaquí, á los habitantes de Maguana presididos por Manicate, Anacaona y Bohechio, y les dijo: « guerreros, llegó el día de la venganza, la hora de los combates sonó en el cielo, y la estrella de sangre se levanta mas ardiente y serena que el sol. »

Como se desprende de las montañas la formidable roca, impelida por la erupción de fuego que se esconde en las entrañas de la tierra y cae con espantoso ruido destrozando á su paso cuanto encuentra, así salieron de las cuevas los hombres de las sabanas y de las espesas sierras, capitaneados por el terrible Caonabo, que arrojaba fuego de los ojos enrojecidos por la rabia: empuñaba un tronco gigante sembrado de clavos de oro, y tan pesado, que donde caía todo era desolación y ruina: lo lanzaba al aire como ligera pluma y al frente de los guerreros, cubierta la cabeza de vívidos colores, pintado el cuerpo de rayas negras y amarillas, parecía el dios tremendo de las batallas; ¡cuánto mas le valiera al extranjero el no haber nacido nunca!...

Al llegar al frente de los guerreros, Caonabo arrojó á Gutierrez con la velocidad del rayo el pesado árbol que empuñaba con mano destructora: el golpe terrible resonó en la coraza de hierro del guerrero que cayó sin sentido sobre la tierra, vomitando espesa sangre por la boca y los oídos. Entonces acometieron á las falanges. Escobedo y sus demás compañeros, sembrando de muertos la llanura; pero Caonabo, asido á Gutierrez lo ahogó entre sus brazos, obligándole á dejar la vida que dentro el cuerpo se defendía, hasta que huyó horrorizada de la furia del bárbaro cacique; entonces le arrancó la espada que empuñaba la mano moribunda con tan fiero empuje, que parecía fundida con la misma arma; al verla en poder de Caonabo, se aumentó la audacia de los caciques; los guerreros de Colon destruían filas enteras, cada soldado peleaba contra cien legiones; pero las falanges de los hijos de Haiti eran interminables y parecían nacer del vapor de sangre de los que morían; al fin el extranjero sucumbió, cansado de matar, para morir de sed sin sentir su desastrosa muerte.

Caonabo cubierto de golpes luchaba aun, teniendo entre sus brazos á Escobedo, y mientras mayor era el dolor de sus heridas, con mas furor apretaba aquel cuerpo descoyuntado, arrancándole con los dientes pedazos de la carne magullada... por la noche acabó el combate con el exterminio de los nueve guerreros. Cuando llegó á mis oídos la noticia de la sangrienta batalla, mi espíritu se nubló de dolor y de vergüenza; el cielo había decretado que todas las desgracias vinieran á amargarme... ¡en mal hora lució para Haiti la luz de aquel día!... la sangre derramada por mis caciques cayó gota á gota sobre la corona de los reyes que sostenía pesadamente mi cabeza; el furor de mis guerreros me había cubierto de oprobio; yo ya no mandaba en el corazón de mis pueblos: todo me presagiaba que llegaban los últimos momentos del reinado de mi triste vida.

IV.

¿A quién se dirige el espíritu en las horas supremas y acibaradas, cuando se apaga hasta la luz de la razón, y las tinieblas y la profunda oscuridad son el mundo infinito que rodea el cuerpo y el alma?... ¿á quién se dirige? ¿al Dios que dispone de las edades y señala la marcha de los astros y que da brillo y calor á los rayos del sol en medio del caos eterno?... ¡Ay! á ese se levantó mi corazón: y turbado, lleno de pesadumbre, me acogí á su sagrado templo; con mi propia mano alumbré el fuego del Tzmes; los butios observando mi tétrico semblante, enlutaron sus cabezas, postrándose afligidos delante de mi corona; el caracol llamó al altar á los sabios y á los caciques: yo me levanté de la piedra de los reyes empuñando la venerada cuchilla del sacrificio, y lleno de angustia, les dije:

« Sabios y sacerdotes que gobernais con vuestra ancianidad los pensamientos de mi alma, y que distribuis con sabiduría la justicia sobre la tierra, os he llamado para oír vuestro consejo, para que disipeis la incertidumbre de mi espíritu, aclarando la noche donde se pierden mis ideas; ofrecí mi amparo al extranjero que habita en las orillas de la mar; le dije á Colon al abrazarlo por última vez, llamándolo tiernamente mi amigo, que guardaría á sus guerreros como á mis propios hijos. Sus guerreros temerariamente han invadido las tierras de Caonabo, han profanado su hospitalidad con la ingratitude y el homicidio. Caonabo, despertando del sueño, ayudado de sus caciques los ha despedazado

y ha esparcido sus osamentas por las llanuras de Maguana: juré protegerlos, Caonabo juró exterminarlos; sacerdotes, sabios, guerreros de Haiti, necesito que vuestro consejo disipe las nieblas que envuelven mi entendimiento, y si ha de salir de mis labios el grito de guerra, vuestro consejo guiará mi brazo en las batallas. La voz del Tzmes me manda empuñar la cuchilla de la justicia para proteger al extranjero á quien mi corazón ofreció sagradamente hospitalidad... » Al concluir mis palabras, los sabios inclinaron la cabeza: el grito de guerra estremeció las paredes del templo; los caciques formaron su falange: mis ojos no podían abarcar aquella multitud de guerreros que se aprestaban al combate y que eran tan innumerables como las arenas de la orilla del mar.

Entonces el butio alzó la rama de ébano, los caciques se prepararon á oír y el sacerdote rompió el silencio; « Hijos de Haiti, los dijo estremecido por la inspiración, el Tzmes escuchó en la eterna oscuridad la hora sangrienta del combate, las sombras de los reyes se levantan del sepulcro y empuñan la aguda flecha y el escudo redondo como el sol: entre las nubes se preparan á guiarnos, no hay mayor gloria que morir por la patria, las armas en la mano con la ira en el corazón; la sangre corra á torrentes, el fuego consuma la emboscada del enemigo; no endulce la piedad el alma del que hiera, y la viuda no lleve al sepulcro la osamenta del que vuelva la espalda en la pelea; hierva en el corazón el odio y la venganza, y el valor de los héroes acompañe al sepulcro á los guerreros; el Tzmes sea con vosotros. » El butio dió la señal, y los guerreros se levantaron para seguirme; yo iba rodeado de mis capitanes, como la luna de estrellas en las noches apacibles de la primavera.

Ya me acercaba á la orilla del mar, cuando el alarido de victoria llegó á mis oídos... mi corazón se estremeció de espanto; veloz como el relámpago, me adelanté con mis caciques; sorprendió mi vista el fuego que consumía los bosques, la sabana y la fortaleza de los extranjeros; sus máquinas para lanzar el rayo permanecían mudas; los guerreros no defendían el hogar invencible donde antes levantaban su orgullosa bandera; ¿quién había osado llegar al recinto protegido por el juramento de los reyes de Haiti?... ¡ay!... el feroz Caonabo que había jurado el exterminio de los extranjeros...

Apenas restañada la sangre de sus heridas, llamó los caciques, los enfureció con el valor salvaje de sus entrañas, y como la fiera lleva á sus cachorros á devorar la presa, así los condujo á la fortaleza del extranjero para despedazarlo. Tres veces la arremetió, como se estrella el mar en los arrecifes: las máquinas de lanzar el rayo vomitaron la muerte abriendo en las espesas falanges anchisimos huecos y sembrando de cadáveres la arena; pero Caonabo enfurecido cada vez mas, como el ángel de la destrucción, desesperado de la resistencia, puso fuego con su propia mano á la selva, y con los cuerpos muertos hizo inmensa pira al redor de la fortaleza, que ardió levantando su llama á las altísimas nubes; el extranjero tembló horrorizado de tan bárbara ferocidad y buscó en las ondas su salvación encontrando la muerte en las salobres entrañas. Todos se anegaron como héroes; todos perecieron: ni uno solo quedaba de los soberbios hijos del sol, cuando mis caciques ordenando las filas en batallas arremetieron las falanges de Caonabo.

Como enfurecidas chocan sin concierto las espantosas olas, deshaciéndose en espuma y saltando por sobre los peñascos, así se encontraron los montones de guerreros, — ni un ay turbó el rumor de la matanza; las flechas silbaban; el golpe seco de los escudos revelaba la crueldad del encuentro: la sangre corría á torrentes y calentaba el suelo: yo peleaba cubierto de heridas en medio de las filas de mis caciques, cuando Caonabo llegó á mi encuentro: sus ojos despedían fuego, y su mirada era como la del buitres; le arrojé al corazón mi aguda flecha; pero lo protegía el ángel: — su mano clavó en mi seno el dardo de la muerte, y caí á sus ojos bañado en sangre: entonces terminó la lucha; los sacerdotes me levantaron en sus hombros; los guerreros doblaron la rodilla, llenando el aire de lamentos, y Caonabo huyó de la pelea á ocultarse en las profundidades de las cuevas: postrado por la pesadumbre y la pérdida de sangre, me llevaron á mi palacio de Marien.

Humeaban los consumidos árboles de la selva, y las cenizas de la fortaleza aun estaban calientes, cuando en el horizonte divisaron los caciques diez y siete grandes barcos (1) que se acercaban á la orilla, impelidos por el viento: parecía que Colon escuchó en el seno de los mares el lamento moribundo de sus guerreros y corría á vengarlos... Mi pueblo huyó á esconderse en la oscuridad de las selvas y en las aberturas de las montañas. Los caciques de Cibao, de Maguana, de Saa-

(1) Con este número de naves entró Colon en Haiti en el lugar llamado Huerto Real, el 17 de octubre, habiendo salido de Cádiz el 27 de setiembre — conducía á bordo de aquellas naves mil quinientos voluntarios de toda clase de gentes, entre los cuales iban algunos nobles sedientos de gloria; doce sacerdotes presididos por un catalán, superior de la Orden de San Benito, el cual iba provisto de un breve de Alejandro VI, que contenía facultades muy extensas, para velar la conducta que se tenia con los indios, impidiendo fueran maltratados. — En las naves se embarcaron caballos, toda clase de instrumentos de hierro, toda especie de granos y legumbres para sembrar, y de provisiones que se aumentaron luego en el puerto de Jomera, donde se proveyó Colon de las cabras, ovejas, bueyes, pavos, gallinas y palomas que luego procrearon en la isla. En este segundo viaje fué cuando descubrió á Manigalanda, la Guadalupe, Antigua, San Cristóbal, San Juan Bautista y Puerto-Rico.

hana y de Sanica se retiraron á las orillas de Oriente, desconocidas del extranjero: rodeado de mis sacerdotes, oí el ruido de la bombardas que retumbó por dos veces en las playas desiertas, sin que le respondiera otra voz que el eco temeroso de la tierra.

Afligido mandé á mi hermano (1) que saludara al extranjero que llegaba y le contara mis desgracias, la batalla con mis caciques, la quema de su fortaleza y la horrible muerte de sus guerreros.

(Se continuará.) JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

El wagon pontificio

REGALADO POR LA COMPAÑIA PIO-LATINA Á S. S. EL PAPA PIO IX.

Al cabo de ocho meses de trabajos asiduos la compañía Pio-Latina, que tiene la concesión del ferro-carril de Roma á la frontera napolitana, ha expuesto en fin á la curiosidad pública el wagon que su consejo de administración resolvió regalar al sumo pontífice.

Ya hemos dado á nuestros lectores algunos detalles sobre esta obra única (2); hoy á riesgo de repetirnos, tenemos que hacer aquí su descripción en presencia de los dibujos.

Este wagon, compuesto por M. E. Trelat, arquitecto, es un verdadero monumento de arquitectura enteramente cubierto de placas metálicas que dan á su masa un aspecto noble y severo. Divídese en tres compartimientos perfectamente acusados por la estructura exterior: una antesala, un salon levantado en la parte donde debe estar la silla de Pio IX y una alcoba.

El salon, ó mejor dicho, la sala del Trono, se anuncia exteriormente por tres figuras esculpidas en bajo relieve, en parte doradas y plateadas, y que representan la Fe, el Martirio y la Verdad. Entre estas figuras brillan las armas del sumo pontífice, y al lado de este blason está la ventana por donde el papa podrá enviar su bendición á las poblaciones. Una ornamentación, formada de racimos de uvas y de espigas, el símbolo de la Eucaristía, forma el adorno del marco de esta ventana y de la arquitrave superior. Un ático corona este conjunto, sobre el cual se destacan en medallones las cabezas de los apóstoles pintadas en cobre por M. Gerôme; encima hay un grupo obtenido igualmente por los procedimientos galvanicos, y compuesto de un almohadon orlado de anchas guirnalda de laurel, que sirve de base y de apoyo á la tiara papal enriquecida con dorados y pedrerías.

La alcoba, que ocupa el último compartimiento, presenta al exterior una decoración mas sencilla aunque compuesta de los mismos ornatos emblemáticos; á la antesala precede un terrado al cual se llega por una doble escalera de hierro.

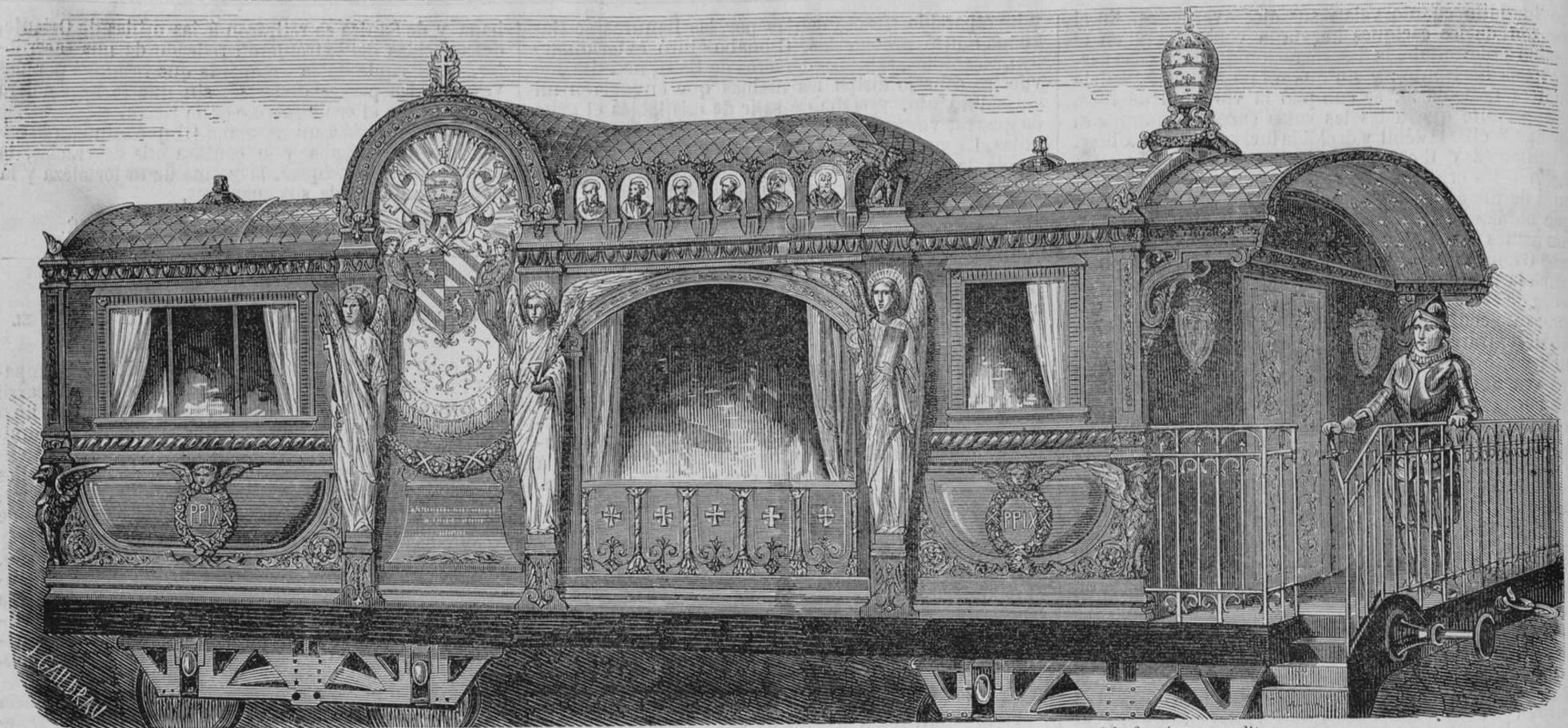
El interior del wagon está adornado con mas riqueza que el exterior; la hermosura de las telas de seda y terciopelo, el oro y las pinturas, hacen de él un monumento sin igual hasta el día.

En la antesala las pinturas son de motivos religiosos. Bajo una bóveda donde se destacan en un sembrado de estrellas los cuatro Evangelistas entre las figuras de Jesus y de la Virgen, el salon abriga el asiento que servirá de trono al sumo pontífice en medio de las armas de las ciudades pontificias servidas por la línea Pio-Latina. En frente del trono hay un crucifijo, obra de escultura de mucho mérito. En los cuarterones del techo, el pincel tan correcto y tan sobrio de M. Gerôme ha trazado sucesivamente á la Iglesia entre san Pedro y san Pablo, al Padre Eterno rodeado de ángeles, y dos asuntos mas terrestres destinados á recordar la alta protección dada por la Iglesia á los esfuerzos de la industria moderna: por un lado la consagración de un ferro-carril, y por otro la bendición de un puerto; este último asunto se ve reproducido en nuestros dibujos.

El conjunto de estas composiciones características, tan bien tratadas por la pintura y la escultura, se destaca sobre un fondo de tela de colores suaves, y en el cual solo se ven la cifra repetida del sumo pontífice y

(1) Antes de llegar el enviado de Guacanajari, se habían acercado algunos indios al lado de la capitana que mandaba Colon, gritando: almirante, almirante, y no subieron arriba hasta haberlo visto. — Habiéndoles preguntado Colon dónde estaban sus soldados, contestaron, que unos se habían muerto y otros se habían internado en el país. — A la mañana siguiente bajó á tierra á visitar la fortaleza convertida en ruinas, dirigiéndose á un pozo donde había prevenido á Arana echara los objetos preciosos que tuviera, en el caso de verse acometido de los indios: nada halló en él; pero dando vueltas, reparó cerca de la fortaleza la tierra removida, hizo escavarla y se encontró con siete cuerpos que creyó fueron españoles; pero que nada podía comprobar ni que fueran tales, ni si habían muerto de enfermedad ó de heridas, porque hacia mas de un mes habían sido enterrados; la ropa era de españoles; ¿quién sabe si tambien lo serian los cadáveres! Al día después llegó un príncipe de la isla, hermano de Guacanajari, el que dió cuenta á Colon de la conducta imprudente y cruel de Arana, Escobedo, y Gutierrez, los cuales habían dado lugar á que sus soldados mismos se insubordinaran, atacando á los caciques, que al fin invadieron las tierras de Caonabo, que este los había matado á todos; pero que Guacanajari había sido fiel á la promesa de mirar sus soldados como á hijos, hasta el punto de haber asistido con los suyos á la defensa de los españoles, en cuyo combate había recibido las graves heridas que no le dejaban venir á abrazar al almirante. — Colon, con el consejo de sus capitanes, saltó en tierra y fué á ver á Guacanajari, al cual encontró gravemente herido — aquel generoso príncipe le contó lleno de dolor el fin de los españoles y le regaló ochocientas conchas, apreciadísimas de los indios, cien pedazos de oro, tres sacos llenos de granos de oro y una corona del mismo metal.

(2) Véase la *Revieta de Paris* del nº 306.



WAGON REGALADO A S. S. PIO IX por la sociedad privilegiada *Pio Latina* del ferro-carril de Roma á la frontera napolitana.

los motivos de bronce esmaltado que sirven para el alumbrado. Los muebles del salon se componen del trono, un divan, dos banquillos y una mesa con un ejemplar de la bula de la Inmaculada Concepcion ricamente encuadernado.

La alcoba se distingue por la severidad de su amueblado, donde domina el ébano incrustado de márfil. Encima de un reclinatorio tambien de ébano, hay una imagen bien pintada de la Santísima Virgen.

M. Ducros, ingeniero en jefe de puentes y calzadas, director de la compañía Pio-Latina, ha mostrado mucho discernimiento en la eleccion que ha hecho de los artistas y de los industriales llamados á la edificacion del wagon pontificio, cuyos trabajos se centralizaron en los talleres de la compañía general del material de los caminos de hierro, dirigida por M. C. Nepveu.

El arquitecto, M. Trelat, ha dado pruebas de



EL SALON PONTIFICIO.

un talento de composicion tan nuevo como pintoresco. Los bronce galvanoplásticos de M. Cristoffe demuestran por su finura y ligereza el partido que el arte del decorador puede sacar del empleo, muy limitado hasta hoy, de la galvanoplástica. M. Reveillon y M. Cambon han desplegado todos los recursos de su habilidad de ornamentistas en las pinturas y esculturas decorativas que les han sido confiadas. Las lámparas, brazos y girandolas que forman el aparato de alumbrado, han sido ejecutados con el gusto y la perfeccion que distinguen la fábrica de MM. Lerolles hermanos. Por último, merecen elogios MM. Godin y Pecquereau, Penon y Roussel, que han hecho las obras de ebanistería y cerrajería, completando un monumento que es una nueva prueba de la superioridad de la industria parisiense en la ejecucion de las obras de arte y de lujo.

G. F.



LA BENDICION DE UN PUERTO, compartimento que forma parte de la decoracion del techo del salon pontificio, pintado por M. Gerome.